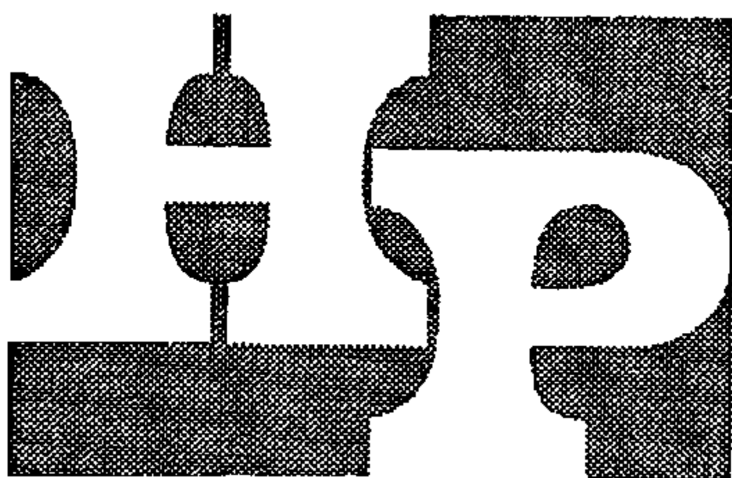
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
Héroes de la
PRADERA

Silver Kane

EL PISTOLERO Y LA DAMA





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

EL PISTOLERO Y LA DAMA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 11
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal. B 3617-1970

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: ene., 1970

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

EL PISTOLERO

Bud Miller se apoyó indolentemente a un lado de la puerta y dijo:

—Déjanos pasar, preciosidad. Si no lo haces acabaremos echando la puerta a tierra y será peor para ti.

Los hombres que había tras él le apoyaron con significativos gruñidos y con insistente tintineo de espuelas. Eran cinco, de modo que formaban un grupo más que suficiente para cumplir su amenaza.

Desde el interior no partió la menor respuesta. Bud Miller, con voz cariñosa, insistió:

—Vamos, nena, cielito, no consientas que nos quedemos muertos de frío aquí abajo…

En vista de que tampoco recibía ninguna respuesta, hizo un gesto de repentina decisión y extrajo su revólver. Los cinco hombres que había tras él, le imitaron con movimientos calmosos, pasándose la lengua por los resecos labios, con cierto inconfesable gozo, ante la inminencia de lo que se preparaba.

—Dispararemos todos a la vez —ordenó Bud.

La descarga simultánea de los seis revólveres, hizo saltar la cerradura y obligó a huir empavorecidos a todos los pajarillos que tenían su nido cerca de la casa.

Ésta era una finca campestre, construida con madera blanca, altamente cuidada en todos sus detalles, rodeada de un magnífico jardín y algo alejada de la más próxima ciudad. Por eso los seis disparos sólo llamaron la atención de los pajarillos y de la mujer que estaba encerrada detrás de aquellas paredes. La puerta fue

empujada por un violento puntapié de Bud Miller, y acto seguido los seis hombres entraron en la casa. Sus espuelas tintinearon suavemente, como una música cantarina y extrañamente siniestra.

Quizá sea el momento oportuno de decir que todo esto ocurría en 1870 y en las cercanías de una población llamada Lamed, sobre el río Nebraska, en el Estado de Kansas, y en un momento en que Dodge City, Wichita y Abilene estaban en el apogeo de su sangrienta fama.

Los hombres que acababan de entrar en aquella casa no tenían nada que envidiar, ni en cuanto a aspecto ni en cuanto a costumbres, a los mejores pistoleros de esas famosas ciudades. Llevaban las fundas bajas, los cintos bien repletos de plomo, las camisas abiertas para mostrar el velludo pecho, y al alcance de su mano, por si los revólveres fallaban, un ancho cuchillo de doble filo. Pero quizá lo que más llamaba la atención en ellos eran sus ojos, aquellos ojos un poco sanguinolentos que sabían mirar de una forma intensa y escrutadora, como los de los felinos y los de las serpientes.

La casa estaba amueblada con gusto, y había muchos detalles en ella que indicaban que había sido instalada por una persona de buena posición. Bud Miller se guardó una figurilla de oro que había sobre una mesita e hizo con sus revólveres un movimiento circular, indicando a sus hombres que se dispersasen. Pero no llegaron a hacerlo, porque al empujar con el pie una puerta, Bud vio a la mujer que habitaba la casa, y que era a la que andaban buscando. Hizo otra seña a sus hombres.

—Quedaos.

Avanzaron los seis en grupo, lentamente, haciendo tintinear sus espuelas. Ese tintineo llegó a ser obsesionante. Sabían que esto atemorizaba a sus contrarios, y aunque en ese caso no había nadie a quien atemorizar, les gustaba hacerlo. La mujer, sentada en un diván, y con las manos a la espalda, les miraba fijamente.

Lo de las manos a la espalda no gustó a Bud Miller.

—Eh, tú guapa. Si lo que tienes ahí escondido es un revólver, más valdrá que dejes su empleo para mejor ocasión. Mike Raniero se enfadaría muchísimo si supiera que has tratado de recibirnos a balazos.

La mujer no contestó. Seguía sin mover las manos y mirándoles

fijamente. Bud comprendió que aquello era peligroso y dio un ágil salto hacia ella. De un brusco tirón, sujetándola brutalmente por los cabellos, la hizo caer hacia adelante. La mujer chilló, al sentirse arrastrada de una forma tan violenta, y se desplomó de bruces sobre el suelo.

Realmente aquella mujer tenía muchas cosas que ver. Desde sus hermosos cabellos rubios al lunar artificial que tenía marcado en sus desnudos hombros, o la falda abierta, o sus zapatos de alto tacón, o sus delicadas medias de gasa. Muchas cosas que ver, muchas. No en vano era la artista más afamada del *saloon* de Lamed, y una de las mujeres más peligrosas y seductoras de Kansas. Pero los seis pistoleros que habían entrado en la habitación no se fijaron en nada de eso, sino tan sólo en un detalle insospechado y casi inverosímil: ¡Aquella mujer tenía las manos atadas!

Alguien se las había unido firmemente a la espalda, empleando el cordón de un cortinaje. Y lo había hecho endiabladamente bien.

—Pero ¿qué es esto? —Gruñó Bud, tragando saliva—. ¿Quién se ha entretenido en atarte?

—Yo misma no he podido hacerlo —susurró la mujer, abriendo por primera vez la boca—. Pero al menos esta postura os ahorra trabajo, porque supongo a lo que venís.

Uno de los hombres rió, y con la punta de la bota movió la falda de la muchacha para ver si así podía obtener para sus ojos una perspectiva más agradable. Bud Miller rió secamente también y felicitó a su compañero con la mirada.

—Mike Raniero está cansado de ti, muchacha. Te burlaste de él ayudando a escapar a Morton, y eso no lo perdona. Nos ha enviado aquí para que te eliminemos, pero antes…

Hizo una seña a su compinche para que moviera la bota con más maestría. Éste sonrió y se disponía a obedecer, cuando…

—Buenas tardes, amigos.

La frase fue tan inesperada que ninguno de los seis hombres se atrevió a emplear los revólveres. Se volvieron en bloque, asombrados, y entonces vieron a aquel tipo.

Estaba sentado en una butaca cercana, a un lado de la habitación, y lo sorprendente era que hasta aquel momento no lo hubiesen visto. Obsesionados por la presencia y la quietud de la mujer, no se dieron cuenta de nada más, pero lo cierto es que aquel

tipo no había hecho el menor esfuerzo por ocultarse.

Vestía bastante descuidadamente, con ropas viejas y polvorientas, y sobre las rodillas tenía una arqueta con joyas que parecía estar revolviendo. Tenía, además, un cigarro encendido dentro de un bolsillo de su camisa, de donde partía un espeso humo.

No debía contar más allá de veintiséis o veintiocho años. Sus cabellos eran color castaño y sus ojos oscuros, de un tono brillante y alegre. Llevaba dos revólveres, pero no había hecho ademán de sacarlos aún. Y sus dientes, sanos y blancos, saludaban también de forma alegre y cordial, como si la carcajada estuviese a punto de brotar por entre ellos.

Bud Miller, blanco como el papel a causa del asombro, murmuró:

—¿Qué hace usted aquí, si puede saberse?

El otro puso cara de extrañeza.

—¿Yo? ¿Qué voy a hacer? ¿Es que acaso no lo ven? ¡Estoy robando!

Los ojos de los pistoleros fueron de la arqueta de las joyas a las manos atadas de la mujer. Y, por absurda que la situación les pareciera, no dejaron de comprender que entre una y otra había una relación, y que aquel tipo estaba diciendo la verdad.

—¿Robando? Pero ¿cómo? ¿Quién te ha dejado entrar aquí? —rugió Bud.

—Como dejarme entrar, no me ha dejado entrar nadie. Pero cuando uno se decide a robar debe conocer algo del oficio, ¿no? Lo que ustedes han hecho con la puerta lo he hecho yo con una de las ventanas, pero sin tanto ruido.

Bud Miller se mordió los labios. Había algo en aquel tipo que le desconcertaba, que le daba la sensación de encontrarse ante algo nuevo, inquietante y desconocido. Hizo girar un poco su revólver derecho.

—Te he preguntado por qué robas a Martha, la artista más importante y admirada de Lamed.

—¿Importante? ¿Admirada? —sonrió el desconocido—. ¿Y a pesar de todo esto vais a matarla?

Bud Miller creyó advertir un ligero tono burlón en la voz del desconocido, cosa en la que no andaba muy descaminado. Y,

perdida la paciencia, rugió:

—¡No sé quién eres ni qué haces aquí en realidad! ¡Pero de un modo u otro vas a pagar con la vida tu falta de oportunidad! ¡Suelta tu nombre y ponte en pie, si las rodillas te sostienen!

El hombre se puso en pie. Y las rodillas le sostuvieron.

—Me llamo Fred Topeka —declaró sonriente—, y tengo veintisiete años, durante los cuales no he aprendido a hacer gran cosa. Ni siquiera a distinguir las joyas, porque, la verdad, no sé cuáles debo llevarme.

—Con este tipo jugué una partida de naipes en el *saloon* de Lamed —dijo entonces Martha, desde el suelo— y, naturalmente, hice trampa. Él se dio cuenta, pero no protestó entonces. Debió pensar que era mejor recuperar lo suyo entrando a robar en mi casa. Y estaba haciéndolo cuando le sorprendí, pero me sirvió de poco.

Se refería, indudablemente, a sus dos manos atadas a la espalda. Bud Miller sonrió, mirando al enigmático y extraordinario Fred Topeka.

—Bueno, de todos modos, nos has hecho un favor, amigo. Reducir a esta mosquita muerta no hubiese sido nada fácil. Tú nos das el trabajo hecho. ¿Cómo quieres que te lo agradezcamos?

No movía los revólveres, mientras sonreía de una forma cruel y burlona. Fred se encogió de hombros.

—Dejadme robar a gusto.

—¡Oh, yo sé algo mucho mejor!

—¿Mejor? ¿Qué es?

—Enviarte al infierno sin hacerte sufrir, con una sola bala.

Casi ni esperó siquiera a ver la reacción que sus palabras producían en el rustro del otro. Se vio claramente que al instante iba a disparar. Los cinco tipos que había detrás de él alzaron los revólveres también, y en ese momento el misterioso ladrón decidió actuar por su cuenta.

El cofre con las joyas salió disparado de sus manos como si lo hubiese lanzado una catapulta. Dio de lleno en el rostro de Bud Miller mientras las joyas se esparcían por el aire y chocaban también contra los rostros de los otros pistoleros. En el acto, procediendo con una desconcertante rapidez, y como si todo aquello fuera para él infinitamente sencillo, dio un puntapié a la

butaca en que había estado sentado y la volcó sobre Bud Miller, mientras se dejaba caer al suelo y sacaba los revólveres.

Un huracán de plomo aulló sobre su cabeza. El apretó los gatillos entonces.

Fue Bud Miller el primero en recibir el plomo ardiente en el pecho. Se dobló, lanzando un alarido, mientras sus hombres saltaban en todas direcciones dispersándose por la pieza. Fred Topeka presionó el percusor de su revólver derecho dos veces más, y dos hombres cayeron rodando con orificios circulares junto al cuello. Los otros se lanzaron hacia las ventanas, sorprendidos y aterrorizados, incapaces de reaccionar a tiempo. Fred pudo matar por lo menos a otro mientras le volvían la espalda, pero no lo hizo porque aquella muerte era innecesaria y porque él sólo mataba hombres a los que tuviese de frente.

Se levantó poco a poco, guardó los revólveres y dio una chupada al cigarro que llevaba en el bolsillo de su camisa, y que le había producido ya un formidable agujero en ésta. Luego miró a la mujer, aquella famosa Martha que resultaba ser la mejor bailarina de Lamed.

—Gracias —murmuró ella—. Me has salvado la vida.

—¿Es que crees de veras que esos tipos venían a matarte? ¡Hum! ¿Y esos aprendices son todo lo que Mike Raniero tiene en la ciudad?

Martha trató desesperadamente de liberarse de sus ligaduras, pues no le tranquilizaba nada la sonrisa indiferente de aquel hombre, pero cesó de hacer esfuerzos, gimiendo, al ver que resultaban inútiles.

—Guárdate de Mike Raniero si sigues en Kansas. Cada vez que oigas su nombre, échate el sombrero sobre los ojos para que nadie te reconozca y sal del lugar donde haya sido pronunciado.

Fred Topeka, sin decir una palabra, recogió su sombrero, se lo echó sobre los ojos y se dispuso a salir.

—¡Eh! ¡Bandido! Pero ¿vas a dejarme así? —protestó Martha.

—Claro. ¡Como me has dicho que saliera del lugar donde oyese pronunciar ese nombre!

La mujer hizo un gesto de desesperación, no sabiendo si empezar a reír o a llorar ante la actitud de aquel hombre. Él se arrodilló y le cortó las ligaduras con ayuda de su cuchillo de monte. Martha se incorporó, frotándose las muñecas y dirigiendo al hombre

una mirada venenosa.

—¿Por qué quería matarte Mike Raniero? —inquirió él.

—Porque ayudé a escapar a una de sus víctimas. Un hombre que había ganado a los naipes jugando conmigo y que me dio lástima. Mike tiene la fea costumbre de asesinar a los que ganan y con ese hombre no pudo hacerlo. Por eso me acusó de traición.

Bajó un poco la voz para añadir:

—La pena de los que traicionan a Mike Raniero es siempre la muerte.

Fred Topeka, frente a ella, se rascó la nuca mientras la miraba con atención. La mujer había terminado por sentarse sobre un diván y había adoptado allí una actitud que era un poema. No porque la postura resultase artística, ni por nada de eso. Tampoco porque resultase muy fina. Pero Fred pensó que, si en ese momento hubiese cobrado a cien dólares la entrada por ver a Martha en aquella postura, medio Kansas hubiese desfilado por allí, y él se habría hecho millonario.

Resultaba indudable que la mujer quería deslumbrarle por medio de sus encantos físicos. Y sabía emplearlos bien, aunque quizá con un poco de exceso.

Fred Topeka sacó otra vez el cigarro, dio una última chupada y lo arrojó dentro de un jarrón de porcelana. Luego se puso a contemplar a Martha con la expresión preocupada del que mira por dónde será mejor levantar un saco que ha de cargarse a la espalda.

Repentinamente dejó de prestarle atención y se ocupó de trasladar los cadáveres al exterior de la casa. Cumplida esta tarea, descerrajó de un tiro un mueble bar que Martha tenía en un ángulo y sacó de él una enorme botella de ginebra.

—¡No eres más que un granuja! —chilló Martha—. ¡Eso! ¡Un indeseable granuja!

Fred ni la miró.

—Mira, nena, si estás enfadada porque no te he hecho el menor caso, prueba otra vez y a lo mejor da resultado. Es que de muchas cosas no me doy cuenta porque soy corto de vista.

Martha lanzó un bufido y se levantó de un salto, para dirigirse a él, agresiva. Ése fue el momento que aprovechó Fred para esquivarla y sentarse en el diván tranquilamente, poniéndose a beber de la botella. La bailarina le atizó un puntapié al tobillo con

todas sus fuerzas, pero lo único que consiguió fue perder su zapato sin que el otro se inmutara.

—¡Yo tendré que marcharme de Kansas, pero los hombres de Raniero te matarán! ¡Te matarán, canalla!

—Ah, pero ¿vas a marcharte de Kansas? —exclamó él, con gesto de sorpresa—. Bueno, en tal caso nos iremos juntos y tú me pagarás el viaje…

Martha, enfurecida, siguió golpeándole el tobillo a más y mejor, sin darse cuenta de que lo hacía con el pie desnudo. Por fin exhaló un gemido de dolor y cayó sentada en el suelo, sujetándose ese pie y mirando a Fred Topeka con ojos brillantes de rabia.

—¡Pobre, te has hecho daño…! —murmuró él, en actitud compungida.

Se arrodilló de nuevo junto a la mujer, le abrió la boca y empezó a vaciarle en ella el contenido de la botella de ginebra. A pesar de los chillidos y gorgoteos femeninos, no cesó de hacerla beber, diciéndole que con aquel traguito se animaría un poco. Luego, cuando tuvo la sensación de que ella estaba ya completamente borracha, se tumbó completamente en el suelo y siguió bebiendo hasta quedar dormido.

Le tenía sin cuidado el que hubiesen logrado escapar de allí unos cuantos individuos con vida. Y no le preocupaba en absoluto el que éstos hubieran podido dar ya la alarma en Lamed, a pesar de haber oído hablar de Mike Raniero y saber que éste no perdonaba las ofensas, mucho menos las que se le inferían con el revólver en la mano. Y también le tenían sin cuidado unas joyas que no pensaba robar.

Seguramente no se hubiese despertado ni aun de saber que una tropa de once jinetes se disponía ya a salir de Lamed en aquellos momentos, en dirección a la hermosa finca campestre.

Ni se hubiera despertado tampoco de haber adivinado que la rubia bailarina Martha se aproximaba a él poco a poco con expresión furiosa y llevando en las manos el mismo pedazo de cordón con que antes la sujetara a ella, igual que si fuese a estrangularle.

Por el contrario, Fred Topeka se puso a roncar, abrazado a su botella de ginebra.

Capítulo II

LA Dama

Los dos lacayos uniformados hicieron una solemne reverencia a su paso.

—A vuestros pies, *milady*.

—¡Qué belleza la vuestra, *mademoiselle*!

—¡Qué finura!

—¡Qué chic!

—¡Qué distinción!

—¡Qué cuerno!

Todos los ojos se volvieron horrorizados al oír esta última exclamación, hacia el lado de la sala donde acaba de sonar, Pero al ver que el que estaba sentado allí, con expresión circunspecta, era el honorable, ilustre, respetable y excelentísimo Jonathan Van Locker, uno de los títulos más envidiados y una de las fortunas más considerables de la ciudad, los ojos se desviaron poco a poco y sonaron unos discretos carraspeos de desorientación.

Los lacayos terminaron de inclinarse. El honorable, ilustre, respetable, etcétera, etcétera. Van Locker debió pensar que luego les dolería la cintura un mes, pero se abstuvo de decirlo. Y su nieta, la bellísima, elegantísima y finísima Eleonora de Van Locker entró triunfalmente en el salón, donde inmediatamente se reanudaron los cumplidos y las exclamaciones de entusiasmo.

—¡Qué vestido tan precioso el vuestro!

—¡Y qué distinción en el modo de llevarlo!

—Vuestras joyas son lo más admirable que se ha visto en Nueva York este año.

—No, yo diría que más que vuestras joyas —insinuó un caballero más osado—, lo más admirable que se ha visto este año en Nueva York es vuestro escote.

Eleonora Van Locker le fulminó con una mirada llameante, y el atrevido se quedó más sonrojado que una damisela a quien un carretero hubiese lanzado un beso por la calle. Luego, ella, continuó su paseo ante los plácemes y la admiración del público.

Las fiestas que los Van Locker daban en su casa de Nueva York eran de lo más resonante en la vida social de la metrópoli. Ricos industriales y propietarios, altos funcionarios del Gobierno, artistas y escritores de nombradía, encopetadas damas conocidas por su elegancia o por sus caprichos,… ésa era la clase de seres que solían reunirse en sus salones. Todos se dedicaban a elogiarse por delante y criticarse por detrás, devorar la cena que les era servida y danzar luego a los acordes de alguna orquesta vienesa, pues los Van Locker no se rebajaban a bailar con una orquesta que no hubiese venido del Viejo Continente, y, en especial, de la aristocrática Viena.

Tales fiestas se celebraban cada dos o tres meses y con el menor pretexto, por lo que eran ya un acto social corrientísimo en la vida social de Nueva York. Pero a pesar de lo mucho que las fiestas se prodigaban, eso no les quitaba categoría.

Hoy, sin embargo, debía haber algún motivo extraordinario para la reunión, y todos lo adivinaron al ver que Eleonora Van Locker lucía las joyas de la familia, cosa que no había hecho en ninguna de las fiestas anteriores, ni aun cuando fue presentada en sociedad. Este significativo detalle hizo que los comentarios subieran en seguida de tono.

La muchacha tenía unos veintiún años en el momento en que se celebraba esa fiesta. Era rubia, bellísima, espléndidamente formada, y dueña de una exquisita y refinada educación. Su único defecto consistía en que la habían mimado tanto que ni las rosas eran dignas de rozarla con sus pétalos.

El honorable Van Locker, su abuelo y dueño de la regia mansión, se adelantó para enlazarla por la cintura y abrir el baile. Pronto todas las parejas les imitaron con entusiasmo.

—Estoy seguro de que Eleonora anunciará hoy su compromiso matrimonial —dijo el mismo caballero atrevido a quien ella fulminara con la mirada un poco antes.

—¿Compromiso matrimonial? —intervino una mujer delgada, con cara de envidia—. Eleonora es muy exigente y no se le conoce ningún novio.

—Eso es lo de menos. Su familia habrá tomado ya una determinación. En la ciudad sobran buenos partidos.

En aquel momento Eleonora pasó danzando junto al grupo, y las murmuraciones cesaron. Al alejarse ella, el atrevido volvió a decir:

—Apuesto doble contra sencillo a que después de la cena se nos da cuenta del compromiso.

—Pero repito: ¿con quién?

—Eso lo sabremos pronto.

En efecto, pronto iban a saberlo todos, pero no de la forma que tenían pensado.

Después de unos cuantos bailes, y cuando hubieron sido atendidos los compromisos más importantes, la madre de Eleonora anunció a ésta que debía reunirse con ella y con el resto de la familia en un saloncito privado, contiguo a la sala de fiestas.

La madre de Eleonora era un mujer solemne y encopetada, viuda de un diplomático que estuvo destinado en Berlín. Allí había aprendido a mostrarse siempre seria, altiva, y a caminar con cierta marcialidad prusiana. Había veces en que parecía encabezar un regimiento de granaderos en marcha. Jamás se mostraba en público sin ir adornada con una tonelada de joyas, no hablaba con cualquiera, sino nada más con las gentes distinguidas, y no bebía en un vaso que no fuera de auténtico cristal tallado, aunque se estuviese muriendo de sed.

Cuando tan solemne dama dijo a Eleonora que debía reunirse con la familia en el saloncito privado, la muchacha pensó que no tenía más remedio que obedecer, aun cuando no comprendía muy bien los motivos de aquella convocatoria.

El abuelo Van Locker se quedó fuera, atendiendo a los invitados. Y entonces, Eleonora imaginó que aquello no era más que una maniobra para dejarla indefensa ante su madre y su abuela materna. El abuelo Van Locker era el único que la hubiese defendido en caso de proponerle alguien un matrimonio que no le gustara. Estando él fuera, resultaba claro que las dos mujeres querían hablarle de su próxima boda.

Con cierta expresión de recelo ya esperándola allí, con un perro

de lanas sentado sobre la falda. Su abuela también la aguardaba, con un gato de Angora entre los brazos. El perro y el gato se miraban con ira y lanzaban bufidos a cada momento.

—Siéntate, amada hija.

Eleonora obedeció.

—¡Ejem! El inmenso cariño que sentimos por ti nos obliga a hablarte de una cosa trascendental, cuál es tu próximo matrimonio. Tienes ya veintiún años, y a tu edad otras mujeres americanas han dado ya al país hijos con qué engrandecerlo. Nosotros habíamos pensado, pues, hablarte de tu próxima boda.

Eleonora trató de aparentar inocencia.

—¿Mi próxima boda? Pero ¿con quién? No tengo novio.

—Eso es lo de menos… —opinó la abuela, mirando significativamente a la madre.

—En la ciudad hay muy buenos partidos, pero uno de ellos destaca por encima de los demás. De eso queremos hablarte.

—¡Ah, bueno! Decid su nombre…

—El doctor Figer. Heliotropo Mamerto Figer.

La muchacha tuvo un sobresalto. Sintió como si se le hubiesen quedado agarrotadas las cuerdas vocales. Se movió inquieto el perro, y hasta el gato de Angora lanzó un lastimero maullido.

—¡Esto es una trampa! —saltó Eleonora—. ¡Una miserable trampa!

—¡Niña! ¿Dónde has aprendido esas palabrotas?

Eleonora enrojeció.

—Bueno, quiero decir que ésta es una decisión impropia de vuestros elevados sentimientos y del reconocido cariño que me profesáis. Sospecho que queréis anunciar mi compromiso ya esta noche, durante la cena, sin darme tiempo para pensar. Y sospecho que el que el abuelo haya sido obligado a quedarse fuera, tiene que ver algo con vuestras intenciones, porque sabéis que es el único de la familia, aparte yo, que no puede ver a Figer.

La abuela carraspeó.

—Mi honorable esposo no se deja engañar por nadie, de modo que, si hubiese sospechado que pretendíamos tomar una decisión sin él, ya estaríamos atadas, amordazadas y bajo llave. Lo que ocurre es que ha llegado a la conclusión de que Heliotropo Mamerto Figer es el mejor partido para ti, aun sin gustarle personalmente. Y

como, luchando entre ambas tendencias, no quiere influir en tu decisión, ha preferido no intervenir en esto.

La muchacha palideció. Se daba cuenta de que aquello era mucho más serio de lo que supuso en un principio. Y de que todas sus amistades la acusarían abiertamente si ella se atrevía a rechazar al marido impuesto por el consejo de familia. Pues aunque los Estados Unidos era la tierra de la libertad, eso no rezaba para las viejas y aristocráticas familias apegadas a las tradiciones, como los Van Locker, cuyo apellido de raíz holandesa acreditaba que eran descendientes de los fundadores de la ciudad.

—Yo no amo a Figer —se defendió con un hilo de voz—. No podré amarle nunca.

—¡Pero, hija! ¿Qué es el amor al lado del prestigio social, de la fama, de la unión de un apellido ilustre, como el nuestro a otro apellido de raigambre en toda la costa atlántica, como el de Figer? Deberías reflexionar mejor sobre lo que dices.

Eleonora inclinó la cabeza. Estaba acostumbrada a obedecer siempre a sus familiares, porque a ello le obligaba el orgullo de su estirpe, pero en aquello no podía. ¡No podía!

En ese momento sonaron unos discretos golpecitos a la puerta. La abuela dijo que se podía entrar, y la acolchada hoja de madera fue empujada tímidamente.

Un rostro masculino apareció por el hueco.

—¿Ya? —preguntó.

Aquel rostro pertenecía a Heliotropo Mamerto Figer. Y la pregunta que acababa de hacer demostraba hasta la saciedad que estaba en combinación con los miembros femeninos de la familia Van Locker para llevar a la práctica aquel enlace matrimonial. Con la única que había olvidado ponerse de acuerdo era con Eleonora, como si ella no tuviera la menor importancia.

La muchacha le contempló mientras avanzaba tras cerrar la puerta a su espalda. Sus dientes rechinaban con una sorda e incontenible rabia.

Heliotropo Mamerto Figer era un hombre que estaba cargado de misterios. Por ejemplo:

Era un misterio su edad. No hablaba nunca de ella, y aunque por su aspecto debía rondar los cuarenta y cinco o cincuenta años, se enfadaba sobremanera cuando alguien le atribuía más de treinta.

Era un misterio el color de sus cabellos. A veces mostraba canas en las sienes, pero al día siguiente habían desaparecido como por encanto. Nadie sabía a ciencia cierta si Figer empleaba un tinte o es que el día anterior le habían mirado mal.

Era un misterio su categoría como médico. Unos le llamaban a su espalda matasanos y otros le atribuían curaciones casi milagrosas. Lo cierto era que el número de clientes de Heliotropo Mamerto Figer no era muy elevado, y que disminuía sospechosamente de año en año.

Pero, al lado de todos estos misterios, Figer presentaba dos claras y magníficas realidades: Su apellido y su dinero. El apellido había brillado extraordinariamente años antes, en vida de sus padres, cuando éstos daban en Washington grandes fiestas a las que asistió alguna vez el propio presidente de los Estados Unidos. El dinero procedía de más antiguo aún, pues los Figer siempre habían poseído terrenos, buques y factorías, y ahora el último vástago de la familia había convertido todo eso en suntuosas residencias dentro de la ciudad y paquetes de acciones en las más prósperas Compañías de un país donde todo era próspero, hasta las funerarias.

Bueno, y ya que hemos hablado de funerarias será conveniente decir que Figer tenía una, cerca de la Avenida Lexington, y que la gente murmuraba que ese negocio estaba en sospechosa relación con su profesión de médico. Pero ya se sabe que cuando la gente murmura no hay que hacer demasiado caso.

Pues, bien. Figer avanzó y besó la mano a las dos damas, inclinándose luego ante Eleonora en actitud severa y circunspecta.

—Nuestra amadísima pequeña se resiste a dar el sí —dijo la abuela, hablando con retintín—. Lo siento por ella. Pero siéntese usted, Heliotropo.

Figer se sentó.

—De su actitud, *miss* Van Locker —manifestó, mirando a la muchacha—, deduzco que no ha meditado bastante sobre las mutuas ventajas que habría de reportarnos nuestra unión. Soy un hombre serio y formal, que sabría respetarla cual merece, y de cuyo trato no tendría usted nunca la menor queja. Comodidades materiales no habrían de faltarle, porque mi fortuna es una de las más saneadas de la ciudad. Y en cuanto a apellido, ¿qué decir de uno de los más envidiados de Nueva York, como el mío? Y en

cuanto a amor, ¿qué decir de la pasión volcánica, tumultuosa, luminiscente, que me arrastra hacia usted?

—¿Y… en cuanto a juventud? —suspiró Eleonora.

Figer se mordió los labios.

—¡Juventud! ¿Qué es la juventud sino un aire ligeramente perfumado que el viento de los años se encarga de llevarse lejos? ¿Qué es la tersura de la piel sino un estado provisional de las células que la forman? ¿Qué decir de la belleza, sino que es como un pajarillo de tiernas alas que muere apenas nacer…?

La madre y la abuela le escuchaban extasiadas, porque además de todo, ahora se daban cuenta de que Figer era poeta. Pero Eleonora estaba esperando con una maligna sonrisa a que él terminase. Y cuando él terminó, replicó:

—Si la juventud, la tersura de la piel y la belleza son cosas tan intrascendentes, querido Figer, ¿por qué desea casarse conmigo? Yo, en su lugar, lo haría con mi madre, que al fin y al cabo es viuda…

Las dos honorables Van Locker lanzaron una exclamación de horror, y la madre de Eleonora se levantó para abofetearla.

—¡Hija mía, qué cosas tan horribles dices!

—¡Ah! ¿De modo que reconocéis que es horrible hablar de casarse con Figer?

—Una cosa nada tiene que ver con otra —argullo la ilustre dama con una lógica muy femenina—. Estamos hablando de casarte tú, no yo. ¡Yo debo fidelidad a la santa memoria de tu padre!

—Cuyo apellido ni siquiera usamos —insinuó, tímidamente, Eleonora.

Nueva bofetada. La muchacha se mordió los labios.

—¡Basta ya! —clamó la abuela—. Nunca te hemos pegado hasta hoy, Eleonora y bien sabes que hasta las flores nos parecen algo demasiado burdo para ti. Pero con tus frases sarcásticas nos estás haciendo perder la paciencia y hasta la dignidad Esperábamos poder comunicar durante la cena tu enlace matrimonial con el doctor Figer. ¿Aceptas o no?

—¡No! —clamó Eleonora.

Su madre se enjugó una lágrima.

—Está bien, hija mía. Acabas de arrastrar por el lodo nuestro prestigio, nuestro renombre y nuestra honradez. Tu negativa es el

hecho más inicuo que se ha registrado en nuestra familia desde Guillermo el Conquistador. O mejor, desde Jorge Washington, que viene a ser lo mismo. Si persistes en esta actitud, tendremos que dejar de dar fiestas durante una larga temporada.

Eleonora se puso en pie.

—No será necesario, porque yo os evitaré el bochorno de mi presencia. Pienso ir a ver a Mme. Pipper.

Mme. Pipper era una fiel discípula del movimiento de Carrie Nation. Y el movimiento de Carrie Nation tenía por objeto impedir que en los Estados de la Unión se jugase, se bebiese y se bailaran bailes indecentes. Sus miembros solían ser damas encopetadas, por lo general procedentes de la aristocracia, que iban a los bares armadas de un paraguas y se dedicaban a descargarlo a diestro y siniestro contra todos los que estuviesen sentados ante una mesa, aunque se hallaran comentando la Biblia. Mme. Pipper había adquirido una rápida fama en Nueva York, porque rompía siete paraguas por semana, y ahora se decía que estaba preparando «La obra de su vida». Por eso la honorable Van Locker imaginó a su única hija rompiendo paraguas por los bares y lanzó un grito de horror.

—¡Tú nunca harás eso!

—¿No? Pues habéis de saber que Mme. Pipper reúne en su casa lo mejor de la sociedad neoyorquina. Y como no es ninguna deshonra formar en su grupo, sino todo lo contrario, iré a verla. De este modo podéis decir que no me caso con el doctor Figer porque creo tener una elevada misión que cumplir en la vida. Y eso me impide contraer matrimonio. ¡Ya he dicho todo lo que tenía que decir!

Dio media vuelta y se desprendió con movimientos rápidos de las costosas joyas, dejándolas sobre una mesita cercana. Su madre y su abuela, pálidas, no sabían qué decir. En cuanto a Heliotropo Mamerto Figer, estaba tan quieto y pasmado que cualquiera lo hubiese confundido con uno de los clientes de su acreditada funeraria.

Hecho esto, Eleonora salió de la habitación por una puerta que no daba a la sala de fiestas, y subió a su dormitorio para cambiarse. Cinco minutos después estaba convertida en una elegante dama con vestido de viaje. Tomó el talonario de cheque de su importante

cuenta corriente bancaria y salió.

Un coche de alquiler la condujo al local de *madame* Pipper, que estaba situado en plena Tercera Avenida. El local se encontraba lleno de mujeres con gafas, sombrero y paraguas, cuyas facciones agresivas no indicaban nada bueno para los pobres bebedores.

Mme. Pipper la recibió en su despacho al saber quién era. Ese despacho estaba adornado con una serie inacabable de paraguas rotos, y *madame* Pipper, gruesa y altiva, sentada entre ellos, parecía una reina.

—Tú serás una de nuestras mejores auxiliares —afirmó, al conocer sus propósitos—. ¡Una Van Locker que contribuirá de modo decisivo al prestigio y engrandecimiento de nuestro país! Pero —añadió misteriosamente—, lo de Nueva York se ha acabado. Nuestros esfuerzos son más necesarios en otros lugares, por ejemplo, en las podridas ciudades del Oeste central. ¡He oído decir que hay allí hombres que se duermen abrazados a una botella de ginebra! Por lo tanto, voy a organizar una expedición allí, tú nos acompañarás.

Eleonora dobló los labios hacia abajo, haciendo una extraña mueca.

—¿Dice que hay hombres que se duermen abrazados a una botella de ginebra?

—Sí, hija mía. La corrupción humana llega a veces, por desgracia, a semejantes increíbles extremos.

Y entonces Eleonora hizo más expresiva su mueca, mientras chillaba como si estuviese a punto de desmayarse:

—¡Qué aaaaaasco…!

Capítulo III

La Aventura

Fred Topeka se despertó, se rascó la cabeza, buscó la botella y, al no encontrarla, lanzó una maldición.

Llevaba ya tres días sucediendo lo mismo. Se dormía soñando que estaba abrazado a una botella, se despertaba para comprobarlo y resultaba que no había nada, que todo había sido un maldito sueño. Era para desesperarse.

El guardián se acercó y le miró con las manos apoyadas sobre los revólveres.

—¿Qué? ¿Hemos dormido bien hoy, granuja?

—¿Bien? ¿Con esto?

Señalaba con el mentón sus pies que aún estaban atados. Para que la situación fuera más fastidiosa, le habían seguido atando con el cordón que empleara Martha, la bailarina, a fin de inmovilizarle.

—No me digas que esto no es cómico —se carcajeó el guardián —. Dejarte capturar por Martha, una chica cándida que sólo sabe mover las piernas sobre un escenario. A ver, a ver, explícame otra vez cómo fue. ¡Me mondo cada vez que lo oigo!

—Me dormí y ella me ató por los pies. ¿Divertido, eh? Luego me fui a despertar y ella me atizó un botellazo en la cabeza. ¿Divertido, eh? Por fin me ató también las manos a la espalda. ¿Divertido, eh?

—¡Jo, jo! ¡Divertidísimo! ¡Tú le serviste para hacer méritos otra vez ante Mike Raniero y para que él la volviera a aceptar a su lado sin protestas! ¡Fíate de las mujeres, amigo! ¡Fíate y acabarás de este modo!

—Lo peor es que yo no me fiaba —mascculló Fred, rascándose la

nuca—. Pero como acababa de salvarle la vida, creí…

—Tú crees demasiadas cosas. Y otra vez te ataré a la espalda las manos, para que no te muevas tanto. ¡Vamos, échate de bruces sobre la paja!

Fred Topeka, como hacía todas las mañanas, obedeció. El guardián, sin peligro alguno para él, empezó entonces a desatarle.

Ese guardián no era ningún agente del *sheriff*, ningún representante de la ley ni nada por el estilo. Era, sencillamente, un sinvergüenza. Disponía de un gran almacén en el pueblo, y en él, junto con fardos de paja y sacos de grano, tenía encerrados a los hombres que convenía a Mike Raniero, ya que éste, a pesar de ser el verdadero rey de Lamed, no podía llevar su autoridad al extremo de encerrarlos en la misma cárcel. Por supuesto, y a pesar de que el almacén era muy seguro, no se dejaba dormir a nadie allí sin atarle previamente.

Los detenidos, en esta ocasión, eran solamente dos. Fred Topeka y un hombre de sesenta años que estaba ya más muerto que vivo, y a quien no se comprendía por qué Raniero quería tener encerrado. Ese hombre había dirigido hasta poco antes un periódico que ahora ya no se publicaba y que durante meses atacó fieramente a Raniero, por lo cual éste le había sentenciado a muerte. Pero, desde luego, no había motivo para que tomaran tantas precauciones con un hombre que apenas podía arrastrarse sobre la paja.

—¿Qué piensa hacer Mike Raniero con nosotros? —preguntó Fred—. ¿Es que vamos a estarnos encerrados aquí hasta que en Lamed se descubra petróleo?

—Las cuentas os serán ajustadas hoy. Y lo más bonito: Sin que nadie se entere.

En efecto, tres tipos bien armados aparecieron en aquel momento en el umbral de la puerta. Tras ellos venía un carro.

—Ata otra vez a esos tipos. Lex —indicó uno de los recién venidos—. Esta mañana van a salir a dar un paseo.

El llamado Lex los volvió a atar sin que opusieran resistencia. El periodista era demasiado viejo para eso, y en cuanto a Fred Topeka sabía que era inútil cuanto intentara.

Una vez atados, el carro empezó a ser cargado de paja. Y los dos fueron medio enterrados en ella, de modo que sólo aparecieran sus cabezas, y quedando en tal postura que corrían peligro de morir

ahogados si intentaban la fuga.

Luego el carro echó a rodar pesadamente por las calles de Lamed, cuyos habitantes empezaban a desperezarse ahora. Hacía un hermoso sol, y los pajarillos cantaban en todos los árboles. Pero maldita la gracia que a Ted le hacían los pajarillos y los árboles ahora.

—Oiga —dijo el periodista—. ¿Qué es lo que cree que piensan hacer? ¿Dejarnos ahogar en la paja?

—Si nos movemos demasiado eso será lo que suceda, indudablemente. Moriremos ahogados. Pero si nos estamos quietos, Mike nos hará matar igualmente en cualquier lugar cerca de aquí.

Guardaron unos minutos de silencio, mientras el carro enfilaba un camino polvoriento, perpendicular a la ruta de diligencias. Se bamboleaban a cada bache y tragaban paja a cada movimiento. Por fin, Fred inquirió:

—¿Qué es lo que hizo usted, amigo? ¿Por qué le odia Mike Raniero?

—Porque le acusé de ser el hombre que está corrompiendo a Lamed. Puse al descubierto sus manejos para dirigir la política de la ciudad, y demostré que todos los antros de vicio de esta población le pertenecen. Demostré también que todos los que ganaban en sus casas de juego eran asesinados más tarde, y eso significó el fin. Mike Raniero ha decidido que yo sea eliminado. Un grupo incendió el local de mi periódico y me capturó. Otro grupo va a matarme ahora.

A Fred le hubiera gustado rascarse la nuca, pero no pudo.

—Oiga, ¿y el *sheriff*?

—El *sheriff* del condado no reside aquí, ni se le ocurrirá acercarse por aquí nunca. Un alguacil, que es el que representa en Lamed la ley, está comprado por Raniero.

—De todos modos, no es lógico que se pueda tener a la gente encerrada en un almacén. Yo esperaba que ocurriese algo de un momento a otro.

—Ya ha ocurrido. Y en cuanto a estar encerrado en el almacén de Lex, no le extrañe. Oficialmente no hay allí otra cosa que paja y sacos de grano. A nadie le interesa averiguar más.

—Bueno, pero si pensaba matarnos, ¿por qué no lo hizo en seguida?

El viejo sonrió con una sonrisa cansada, indulgente.

—El gobernador ha estado de visita por esta zona, y no convenía hacer nada que sonase a escándalo. Bastante en peligro se pusieron al incendiar mi local. Ahora, Mike Raniero ya puede hacer lo que le dé la gana.

Fred Topeka quiso tragar saliva y tragó paja.

—¡Diablos! ¿Y qué es lo que les dará la gana hacer, si puede saberse?

No tuvieron que esperar mucho para obtener la respuesta a esta pregunta. En una zona pelada, contigua a la ruta de diligencias, vieron a ocho hombres parados y formando corro. El carruaje se detuvo.

—¡Vamos! ¡Abajo!

—¿Abajo, cómo? ¿No veis que estamos atados, camellos?

Era Fred el que había hablado, sin perder su buen humor. Uno de los que conducían el carro empezó a arrojar la paja a puntapiés, y con la paja cayeron ellos. Luego fueron desatados, pero a Fred sólo le dejaron libres los pies. Las manos continuaron sujetas.

—Fred —murmuró el viejo, mientras se ponía trémulamente en pie—, no hemos hablado mucho durante estos días, ésa es la verdad. Pero ahora sé que voy a morir y necesito decirte algo.

Todos los hombres se habían apartado de ellos, y les miraban formando círculo desde una veintena de pasos. Quietos y rígidos, parecían los barrotes de una celda. El sol proyectaba sus sombras fantasmales sobre el suelo carente de hierba y donde no se ofrecía ningún refugio, ni la menor protección.

—Bueno, diga —susurró Fred—, aunque la verdad es que me parece un poco tarde…

El viejo tartamudeaba. Hablaba con ansia. Pero no era a causa del miedo, sino de la angustia de no llegar a tiempo.

—Yo hice testamento el mes pasado —reveló.

—Bueno, ¿y qué?

—Nunca he sido pobre. Tengo algún dinero. Y lo he dejado todo, absolutamente todo, para el hombre que, con su influencia, su palabra o su revólver, pacifique esta ciudad. No hay más que demostrar los hechos dirigiéndose a Battell & Rosso, firma de abogados de Nueva York. ¿Me entiende? Demostrar

que se ha pacificado la ciudad, y eso basta para entrar en posesión de la herencia.

Fred, sentado en el suelo aún, se frotó los pies uno contra otro para ayudar a restablecer la circulación de la sangre. Luego miró al viejo.

—No le acabo de entender, amigo.

—Me descorazona con esas palabras —murmuró, ansiosamente, el periodista—, porque me doy cuenta de que no es usted el hombre que esta tierra necesita. Si lo fuera, me habría entendido sin necesidad de repeticiones. He querido decir que, si alguien derriba el imperio de Mike Raniero, cambia la ciudad expulsando de ella a los indeseables y hace que las gentes de bien puedan vivir, entrará en posesión de mi herencia. Todo lo que tengo lo he dejado para conseguir ese fin. Si el hombre no surge… los bienes serán repartidos entre las personas necesitadas de esta tierra.

Fred Topeka cerró un momento los ojos. Las palabras que acababa de oír tenían una rara solemnidad, y eso no le gustaba. Tenían la solemnidad de lo irremediable, la augusta severidad de la muerte. Y entonces el joven volvió a abrir los ojos y miró a su inesperado compañero, cuya mandíbula temblaba de excitación y cuyas rodillas trémulas apenas podían sostenerle. Se dio cuenta de que, de un modo u otro, aquello significaba el fin para los dos.

—Van a matarnos como a dos corderinos —musitó—. Y crea, amigo, que lamento no ser, en efecto, el hombre que esta tierra necesita. A la hora de morir merecería usted a su lado un compañero mejor.

—No importa —replicó, serenamente, el viejo—. Igualmente van a matarle, de modo que, aunque usted fuera un hombre capaz de derribar a Mike, de poco le iba a servir. Mis abogados harán publicar anuncios en todos los periódicos de Kansas. Rece usted por mí, amigo, porque me parece que yo voy a ser el primero en caer.

Fred entrecerró los ojos, tratando de mirar hacia adelante sin ser deslumbrado por el sol. Eran diez hombres los que estaban ahora ante ellos, formando círculo y con las manos a la altura de las culatas, a punto de «sacar». De entre ellos reconoció a Mike Raniero porque era el mejor vestido y porque llevaba unas armas repujadas en plata. El resto de los hombres lucían armas tipo «Colt», color negro, y usaban camisas vaqueras. La camisa de Mike era blanca,

estaba almidonada y seguramente se le habían aplicado unas gotas de perfume. Fred Topeka le miró, entornó una poco más los ojos y luego escupió al suelo. Pero ni en el momento de hacer esto creía que hubiera nadie capaz de matarles de ese modo.

Se convenció de la trágica realidad cuando Mike Raniero dispuso:

—Vamos, dad un revólver al viejo. Empezaremos por él.

* * *

Eleonora Van Locker contemplaba el paisaje con la boca abierta, con los ojos brillantes y extasiados como los de una niña.

Nunca hubiera podido imaginar que su país fuera tan inmenso, tan variado, tan fabulosamente rico. La rápida diligencia contratada especialmente para ellas las había conducido con velocidad que entonces parecía meteórica a través de Pennsylvania, Ohio, Indiana, Illinois, Missouri y ahora Kansas. Mejor dicho, la diligencia sola no les había servido para todo este viaje, sino que en buena parte de él emplearon el ferrocarril. Pero, así como éste no le había causado apenas ninguna nueva sensación, la diligencia era un cúmulo inagotable de emociones fuertes, rudas y violentas, a las que no estaba acostumbrada. La diligencia era, en verdad, el Oeste, con sus caminos diabólicos, sus ranchos diseminados en las llanuras infinitas, sus postes de telégrafo derribado a trechos, sus ciudades polvorientas y sus aventureros. Eleonora Van Locker, la aristocrática muchacha, pensaba en verdad haber sido transportada a otro mundo. Y una emoción que la sobrecogía, que la hacía vivir más intensamente que toda su existencia anterior, se iba apoderando de ella conforme la inmensa región que era el Oeste central se iba extendiendo ante sus ojos.

En total era siete las mujeres que ocupaban la diligencia. El mayoral y un ayudante armado se encargarían de defenderlas, pero por si acaso, *madame* Pipper llevaba entre las enaguas un monumental «Colt» de seis tiros que había pertenecido a su esposo, además de un cuchillo capaz de seccionar por la mitad a un puma. El resto de las mujeres, todas viejas, con gafas y de nariz ganchuda, excepto Eleonora, iban armadas con sus paraguas.

Desde que entraron en Kansas y empezaron a seguir la corriente del río que lleva ese mismo nombre, los rostros de las siete mujeres

se habían crispado y habían adoptado una común actitud de desafío y de alerta. Por los rostros de los hombres en las poblaciones que iban dejando al paso eran cada vez menos tranquilizadores. Tipos barbudos y de andares indolentes se aproximaban a la diligencia cada vez que ésta hacía alto y husmeaban por allí como si hubiesen percibido el olor a hembra. Pero al ver la clase de damas que ocupaban el carruaje, se evaporaban, lanzando maldiciones por lo bajo. De común acuerdo, seis damas habían prohibido a la séptima. —Eleonora—, que se dejase ver en las paradas de la diligencia, por considerarla demasiado explosiva para aquel ambiente. Pero en cuanto el carruaje avanzaba de nuevo, la muchacha pegaba el rostro a la ventanilla y contemplaba, maravillada, aquel mundo salvaje cuya existencia real no había imaginado nunca, tan lejano e impreciso le pareció siempre.

—¿Dónde nos detendremos? —preguntó a *madame* Pipper—. ¿En qué sitio cree usted que debemos centrar nuestras actividades?

—Yo pensaba que nos detuviésemos en Kansas City o en Topeka —dijo la gruesa dama, palpando el «Colt» a través de sus ropas—, pero como tenemos dinero he decidido que vayamos un poco más allá. Todas sabéis que nuestra causa ha recibido importantes donativos últimamente, lo que nos permitirá residir en esta región un largo tiempo y ayudar a los borrachos y jugadores que quieran emprender una nueva vida. Bien, y he decidido que en estas circunstancias debemos llegar hasta Lamed. Lamed es una población que está a orillas del río Arkansas, el cual seguimos actualmente, y he oído decir que los pistoleros, los borrachos y los tahúres abundan allí como las setas en otoño. ¡Poco suponen lo que les espera, en cuanto nuestros paraguas empiecen a caer sobre sus miserables cabezas!

—Y…, ¿está lejos Lamed? —interrogó una de las damas, deseosa ya de entrar en combate.

—A poquísima distancia de aquí. De hecho, hemos llegado ya al final de nuestro viaje. Dentro de poco estaremos reponiendo fuerzas en un cómodo hotel, y esta noche…

Se relamió de gusto pensando en los paraguazos que iba a atizar. Pero en ese momento Eleonora, que estaba como siempre atenta a la ventanilla, dijo:

—Hay varios hombres detenidos en ese campo pelado, a nuestra

derecha. Su actitud es muy rara, como si fueran a sacar los revólveres de un momento a otro. ¿Qué opina usted, *madame* Pipper?

La oronda jefe miró a través del cristal, y trató de disimular un gesto de clara sospecha. Pues conocía bastante el Oeste, y sobre no gustarle aquellos tipos, había notado ya que la diligencia acababa de acelerar la marcha, síntoma inequívoco de que tampoco le agradaban al conductor. Susurró:

—Bueno, puede que sea una reunión para discutir de ganado…

—¿Discutir de ganado? ¿Está eso permitido o empezamos ya a escarmentarles? —preguntó una de las damas, enarbolando su paraguas.

Fue en ese momento cuando sonó el primer disparo. Fue hecho con una increíble precisión y alcanzó al ayudante del mayoral mortalmente. Eleonora lanzó un grito de horror al verlo caer bajo las ruedas de la diligencia, mientras sus dos manos ensangrentadas trataban desesperadamente de sujetarse a algún saliente de la ventanilla. A pesar de que cerró los ojos, a pesar de que quiso cerrar su cerebro a aquella sensación horrible, supo que jamás podría olvidar lo que había visto, y que aquellas dos manos ensangrentadas la perseguirían siempre desde el fondo de su memoria. Pero la «función» no había hecho más que empezar. Aquello era el preámbulo.

El mayoral detuvo el carruaje, y los hombres que había formado círculo se acercaron lentamente con sus armas desenfundadas. Eleonora vio que nueve de ellos iban vestidos como rudos vaqueros, pero que el otro lucía un sombrero blanco y una hermosa camisa almidonada. A una seña de este último, dos de los primeros se volvieron para vigilar a otros dos hombres que se veían a más distancia, y uno de los cuales parecía estar atado en el suelo.

Madame Pipper tragó saliva, sin saber qué hacer. Comprendió perfectamente que en esta ocasión de nada les servirían ni sus paraguas ni su revólver.

El de la camisa almidonada llegó a la altura de la diligencia y encañonó a todos con su revólver, tras abrir violentamente la portezuela. Eleonora vio que aquel tipo era joven, fuerte y alto, y que en sus labios gruesos y sensuales había una expresión desdeñosa. Expresión que duró tan sólo los segundos que tardó en

verla. Porque entonces esos labios se entreabrieron en una sonrisa de admiración, propia del hombre que sabe catalogar bien la clase de «mercancía» que tiene ante los ojos.

—¡Qué maravilla! —Ponderó—. ¡Qué diabólica maravilla! ¿De dónde vienes, condenada?

—Todas nosotras venimos de Nueva York —saltó *madame* Pipper, adelantando su poderoso busto—, y nuestra elevada misión es acabar con el vicio y la podredumbre en esta tierra. De modo que si no quiere ser objeto de nuestras iras, retírese y déjenos pasar.

Los hombres que había a la espalda de Mike, rieron ostentosamente, haciendo groseros ademanes de burla al ver aquel grupo de mujeres. Éstas palidecieron de rabia, de vergüenza y de miedo, pues de repente se dieron cuenta de que era muy fácil atizar paraguazos a los borrachos de Nueva York, donde contaban con la protección de la policía, pero muy difícil entendérselas con los pistoleros de una tierra donde no había ley. O si la había era burlada, porque precisamente uno de los tipos que se estaba riendo de ellas llevaba una estrella prendida sobre el chaleco.

—Usted, granuja, ¿no es el *sheriff*? —preguntó *madame* Pipper, amenazándole con su paraguas.

—Soy un agente del *sheriff* y represento aquí la ley. ¿Por qué lo pregunta, abuela?

Los músculos del cuello de *madame* Pipper sufrieron una crispación. Y Eleonora sintió en su garganta una sensación amarga, muy amarga.

—¿Y la ley permite aquí asesinar cobardemente a los hombres?

—Si se refiere al tipo a quien despachamos, fue un aviso. Pudo resultar mucho peor. Vamos, bajen todas de ahí para que les veamos bien la cara.

Trémulas e impotentes, dándose cuenta de que nada más podían hacer, las siete mujeres descendieron del carruaje. Mike Raniero examinó entonces con más detención a Eleonora Van Locker. Y estuvo a punto de creer que no era cierto lo que veía, que sus sentidos le engañaban. Porque en todo Kansas, y aun en todo el Oeste central, no había una mujer así.

Y resolvió entonces impresionar a aquella mujer. Demostrarle que en la tierra a la que acaba de llegar, él, Mike Raniero, era el dueño absoluto.

—Ahora teníamos un desafío —manifestó—. Esos hombres que ven al fondo nos han desafiado e insultado gravemente a todos, en presencia del agente del *sheriff*.

—Seguimos queriendo saber qué tiene que ver eso con la muerte de nuestro acompañante —expuso Eleonora, envolviéndolo en una mirada de fuego.

—Fue un aviso —repitió Mike—. ¿O es que acaso no vieron que les hacíamos señales de alto? ¿Por qué no obedecieron en seguida?

Delante de una frase como aquélla no se podía contestar nada. Y Eleonora desvió los ojos para mirar a aquellos dos hombres que, según les acababa de decir, habían «desafiado e insultado gravemente» a un grupo de diez. Pudo ver que, de esos dos hombres, uno era ya demasiado viejo para meterse en aventuras semejantes, mientras que el otro tenía las manos atadas.

—¿Qué piensan hacer? —inquirió—. ¿Qué canallada han imaginado?

—¡*Miss* Van Locker! —chilló *madame* Pipper—. ¡La palabra «canallada» no figura en el léxico de una dama de la buena sociedad! ¿O qué diablos se ha creído? Digo…, ¿o qué piensa usted?

—No piensen en nada —sonrió Mike—. Limítense a ver. Y si han pensado que vamos a matar a esos hombres sin darles una oportunidad, están equivocadas. Podrán defenderse y atacar mientras continúan con vida.

Se volvió a los dos que habían quedado guardándolos y gritó:

—Bueno, ¡allá vamos! ¡Dad un revólver a ese periodista del demonio! ¡Y luego soltaremos las manos al maldito Fred Topeka!

El agente del *sheriff* fue quien extrajo una de sus armas y la arrojó con fuerza hacia el viejo, quien la recogió con manos inseguras y rostro sudoroso.

Adelantó dos pasos y vio entonces que era Mike Raniero quien se había colocado ante él, en actitud de desafío.

CAPÍTULO IV

EL DESAFIO

—¿De modo que eres tú quien va a matarme? —susurró—. Creía que tu fortuna te permitía el lujo de pagar un verdugo.

Mike sonrió.

—Me has ofendido gravemente. Y las ofensas que se hacen a Mike Raniero, las lava con sangre él mismo.

El viejo tenía ya el revólver en la mano. Mike estaba en actitud de «sacar».

—Pon el arma en tu pantalón, ya que no tienes funda —sugirió, cínicamente, el pistolero—. ¿O es que quieres que te dé todas las ventajas?

Fred Topeka se estremeció mientras veía a su compañero colocar el revólver con mano insegura. Aquello no era más que un asesinato, tanto más miserable cuanto se le pretendía dar un aire de duelo legal en presencia del agente del *sheriff*. De repente él, que había visto tantas cosas, tuvo la sensación de que aquello era lo más cruel, lo más despiadado, lo más inicuo que había contemplado en su vida. Y gritó:

—¡No dispare! ¡No consienta el duelo! ¡Ese canalla de Mike sabe de sobras que le matará!

El viejo se volvió un momento hacia él.

—No te preocupes, amigo. Pienso vender cara mi vida.

Se irguió, contemplando a Mike.

—Cuando quieras.

Ante los ojos atónitos de Fred Topeka y los rostros horrorizados de las siete mujeres, ambos enemigos sacaron sus armas. Lo hizo

antes Mike, porque era más joven y más hábil, y porque además un revólver se maneja mejor desde la funda. Sin perder su flemática sonrisa hizo un solo disparo, y el viejo se estremeció. Pero con sus últimas fuerzas pudo disparar también, y una mueca de asombro y horror se marcó entonces en las facciones de Mike al sentir un choque duro en su carne. La bala le había alcanzado en el hombro, causándole un leve rasguño; pero fue suficiente para que de allí brotara la sangre y para que él sintiera en toda su piel como un ramalazo de horror.

—¡Pudo haberme matado! —masculló, ciego de ira—. ¡Ese canalla pudo acabar conmigo!

Y con los dientes apretados, se puso a disparar contra el cuerpo del viejo periodista, que ya no notó los sucesivos impactos porque estaba más que muerto. La primera bala le había penetrado por el centro del corazón.

Un silencio espantoso se hizo en el grupo cuando Mike Raniero terminó de descargar su revólver. En el aire puro de la mañana, el olor a pólvora quedó flotando como una cosa espesa, desabrida y caliente. Un pájaro inocente se puso a picotear la tierra, junto al cadáver del viejo.

Mike Raniero apretaba contra el hombro su mano ensangrentada. Dio un traspiés y miró a Fred Topeka con expresión de odio.

—No estoy en condiciones de matar a ese hombre. Lo siento.

—Lo haré yo, jefe —propuso uno de los pistoleros—. Le aseguro que será un placer.

—Será un desafío la mar de original —comentó Fred, mascando las palabras—. Tú, con un revólver; yo, con las manos atadas, no sea que se me ocurra tirarte una piedrecita.

Pese al tono burlón, había en sus ojos algo que no era corriente ni normal en él. Esos ojos producían un cierto escalofrío, aunque no se podía precisar por qué. Recordaban los de una fiera que tiene hambre.

—Desatadle —ordenó Mike—. Y vosotros dos, Pat y Carson, entendeos con él.

—¿Dos hombres contra uno solo? —Musió Eleonora—. ¿Qué clase de desafío es éste?

Mike no contestó. Estaba mirando cómo el agente del *sheriff*

desataba a Fred Topeka, haciendo lo posible para desgarrarle las muñecas con el cuchillo. Todos sabían bien que, después de tener las manos atadas tanto tiempo, Fred sentiría hormigueo en ellas y le sería imposible mover los dedos con rapidez. Pero a pesar de todo aún quería asegurarse más.

—¿Por qué no me clavas el cuchillo de una vez? —barbotó Fred —. Luego dices que te pusiste nervioso y que se te escapó y te creerán todos un angelito.

El alguacil le hizo sangre en ambas muñecas. Luego le dio un empujón, enviándolo hacia delante. Fred, que ya se había puesto en pie, estuvo a punto de caer.

Vio a dos hombres frente a él. Los dos tenían ya las derechas arqueadas encima de sus revólveres. Se pasó la lengua por los labios secos, miró al pajarillo que aún seguía picoteando casi a sus pies y se dijo que iba a morir. Pero el último viaje no lo haría solo.

Un revólver voló hacia él. Lo alcanzó al vuelo, introduciendo ya el índice en el guardamontes con una increíble facilidad, y volteándolo dos veces. Causó a todos la sensación de que, con el revólver, la mano había encontrado a un viejo amigo y casi comenzaba a sentirse a gusto. Pero los pistoleros empezaron a palidecer cuando Fred cambió el revólver de mano cuatro veces en cuatro segundos, soltándolo y volviéndolo a sujetar con una facilidad que casi parecía mágica.

—Voy a guardarlo —anunció—. Y cuando queráis…

¡Disparad!

Los dos pistoleros «sacaron» en el preciso instante en que él introducía el revólver entre camisa y pantalón, pensando atraparle desprevenido. Pero Fred, con un movimiento zigzagueante de su cintura, hizo que el arma saliera de nuevo a la luz. Y lo que sucedió a continuación hizo palidecer a las mujeres y dejó helada la sangre de los hombres.

Mientras con la izquierda amartillaba el revólver después de cada disparo, con la derecha trazaba dos alucinantes movimientos de abanico. Cuatro balas, dos por cada enemigo, saltaron al aire, y ambos pistoleros se doblaron trágicamente sin tener siquiera tiempo para disparar. Los dos murieron de dos balazos idénticos, uno en la cabeza y otro en el corazón, administrados con una exactitud y una precisión matemáticas.

Quedaban sólo dos balas en el revólver de Fred Topeka. Hizo otro suave movimiento, encañonando al grupo.

—¿Alguien más…, señores?

Mike Raniero no había visto nunca a un tipo así. Cuando le dijeron lo de Bud Miller creyó que había sido casualidad, pero ahora se daba cuenta de que aquel tipo era alguien. Podía tener un pacto con los demonios o ser él el mismo diablo, pero lo cierto era que mientras viviese, estaría él en peligro. Aquel hombre, con un revólver en la mano, era como la misma muerte.

Se arrojó al suelo, para que no le alcanzasen las primeras balas, y aulló:

—¡Todos contra él! ¡Todos!

Dos pistoleros fueron a sacar sus armas, y dos detonaciones más rasgaron el aire.

Con ojos atónitos, Mike vio cómo aquellos dos hombres caían con las cabezas atravesadas. Se encogió aterrorizado, aun sabiendo que Fred Topeka no tenía más balas en el cilindro. Y entonces, cuando el joven ya nada podía hacer por salvarse de la muerte, *madame* Pipper decidió intervenir.

—¡Al asalto! —ordenó, con voz de general.

Siete paraguas furibundos se alzaron sobre las cabezas de los seis pistoleros que quedaban con vida. Éstos recibieron el aluvión de golpes sin darse cuenta aún de dónde venían, al mismo tiempo que Fred Topeka saltaba hacia adelante. Su bota derecha fue hacia el mentón de Mike, y se oyó un «clac» estremecedor mezclado a los gritos de sorpresa de los pistoleros. Mike quedó sin sentido en tierra, con las facciones bañadas en sangre, mientras otro de sus hombres caía al recibir un culatazo en el cráneo y los otros cuatro se encogían ante la lluvia de golpes. Cuando uno quiso reaccionar y sacar el arma, vio de repente un gran revuelo de faldas ante sus ojos y la agresiva *madame* Pipper extrajo un «Colt» que parecía una pieza de artillería.

—Muévete un poco más y lo uso, hijo mío.

Ninguno de los pistoleros se atrevió a reaccionar. La amenaza de aquel «Colt»» y de los dos que ahora empuñaba Fred Topeka era demasiado ostensible. Alzaron las manos, avergonzados, sin darse cuenta aún de cómo era posible que hubiesen sido vencidos.

—¿Lo veis? —exclamó, triunfalmente, *madame* Pipper—. ¿Os

siguen pareciendo tan invencibles estos ridículos matasiete? ¿Os dais cuenta de que nosotras, armadas de nuestros paraguas, podemos con cualquiera?

Fred miró el monumental «Colt» que esgrimía la dama.

—Es que ese paraguas es muy bueno, señora…

Las palabras de Fred Topeka hicieron que la atención general se centrase en él. Las siete mujeres le miraron a un tiempo, pero Eleonora fue la que reparó antes en las manchas de sangre que se veían en diversas zonas de su cuerpo, y la que mirándole con una infinita lástima indicó:

—Debemos acompañar hasta Lamed a este pobre joven carente de toda protección maternal y de toda dulzura de espíritu. Debemos derramar en su pobre existencia unos rayos vivificadores de luz.

Eleonora se había tomado muy en serio su papel de campeona de la virtud. Las otras damas asintieron en silencio, mientras repasaban los desperfectos de sus paraguas.

—Eso. Dejemos que suba en la diligencia con nosotras. ¿Quiere desarmar a estos caballeros, señor?

Fred Topeka ya lo había hecho. Todos los pistoleros estaban ahora sin nada en la cintura, tan avergonzados como si se sintiesen completamente desnudos.

—Guardaremos estos revólveres. Tenga, mayoral.

El mayoral, quien estaba más muerto que vivo, recogió todas aquellas armas con mano temblorosa.

—Vamos, suba, desgraciado joven —ofreció *madame* Pipper.

—Tiene usted cara de hombre inocente maltratado por la vida y por la injusticia de los seres humanos —dijo otra de las damas, mirándole plañideramente—. Le convertiremos en nuestro hijo.

Antes de saber lo que verdaderamente ocurría, Fred ya estaba sentado en la diligencia y rodeado de damas atentas y solícitas, una de las cuales le ofreció incluso una botellita de sales. Eleonora, que era la que estaba más cerca, inquirió:

—¿No nos dice nada, pobre joven? ¿Su timidez le impide despegar los labios?

Y le miró con infinita dulzura.

Fue entonces cuando Fred Topeka reaccionó. Cuando comprendió que tenía que decir algo. Y acercando su rostro al de Eleonora, que seguía mirándole compasivamente, gritó:

—¡Chata…!

CAPÍTULO V

SE REUNEN LOS PERSONAJES

La diligencia se detuvo ante la puerta del único hotel de Lamed, y *madame* Pipper descendió de ella pomposamente.

—Oiga, jovencito —dijo, dirigiéndose a uno de los empleados, un viejo barbudo que mascaba tabaco—, necesitamos que llame usted a un médico porque traemos en la diligencia a un hombre sin sentido.

—¿Y para eso van a llamar a un médico? Si al menos se tratase de un moribundo…

—Es que tal vez esté moribundo —opinó *madame* Pipper—. Puede que pasen de cincuenta los paraguazos que lleva encima.

Y antes de que el atónito «jovencito» pudiera contestar, las seis mujeres restantes sacaron a un hombre de la diligencia. Aquel hombre tenía la camisa rota, los bajos del pantalón rotos, los zapatos rotos y la piel rota. Un par de varillas de paraguas estaban arrugadas, retorcidas y medio clavadas en su cabeza. El hombre, desde luego, había perdido el conocimiento, pero diríase que a pesar de todo estaba soñando en algo muy hermoso, porque sus labios sonreían y su expresión era beatífica.

Eleonora también ayudó a sacar de allí a Fred Topeka, pero fue sujetándolo por los cabellos. Estaba más encarnada que una amapola en medio de un campo de trigo.

—¡Atreverse a llamarme chata! ¡Llamarme chata a mí un pistolero como ése!

El viejo que mascaba tabaco sonrió en ese momento y luego escupió alegremente.

—¡Chata! —gritó también, mientras *madame* Pipper le arrugaba la cabeza de un paraguazo.

El viejo y Fred Topeka quedaron tendidos en la calle, juntos, mientras el grupo de damas entraba en el hotel. *Madame* Pipper exigió que les diesen siete habitaciones limpias y en cuyas paredes no hubiese ninguna pintura indecente.

—¡Ah, y retiren la basura que tienen enfrente de la puerta! ¡Este hotel es una birria!

Cuando las siete damas subieron a sus habitaciones, el encargado salió a ver qué era aquella «basura». Y vio entonces a su empleado y un tipo a quien no conocía, desperezándose lentamente sobre el polvo.

Fred Topeka fue el primero en recobrar la noción de las cosas. Miró a su alrededor con ojos turbios y luego sonrió, rascándose la nuca.

—¡Vaya! ¡Si me han dejado ante la puerta de un hotel!

—¡Oiga! —gritó el viejo—. ¿Quiénes son esas damas? ¿Amigas suyas?

—Lo eran.

Fred se puso poco a poco en pie. Y fue en ese momento cuando vio avanzar a Martha, la bailarina.

La muchacha llevaba un vestido blanco y una hermosa sombrilla del mismo color, y parecía llenar de luz el porche mientras pisaba las tablas con sus pequeños zapatos charolados. Tenía un aspecto envidiable, pues llevaba adornos y sortijas. Y todo parecía indicar que Mike Raniero había sabido pagar bien el que ella le entregase atado de pies y manos a Fred Topeka.

—¡Eh, guapa! —llamó él.

La muchacha le vio de repente. Ahogó un grito de horror y quiso salir corriendo en dirección contraria, pero una mano de Fred la sujetó el cuello antes de que llegara demasiado lejos. La atrajo hacia sí, y cuando ella creyó que iba a golpearla, le estampó un beso en la boca.

—¡Es usted un…! —susurró Martha, jadeante.

—¿Un qué?

—Un tipo delicioso. ¡Pero suélteme o Mike Raniero nos matará a los dos, incauto!

La habitación que había sido asignada a Eleonora estaba en la

planta baja. La muchacha, creyendo que por fin podría sentirse tranquila, descorrió de golpe las cortinas y vio entonces a dos palmos de ella, al otro lado del cristal, cómo se besaban Martha y aquel maldito Fred Topeka.

Corrió otra vez la cortina, mordiéndose los labios con tal fuerza que se hizo sangre en ellos. Fue al espejo, se miró a la cara y se dijo a sí misma, para convencerse: «Loca, todo esto no te importa». «No te importa absolutamente nada». Pero se sorprendió de repente mordiéndose los labios otra vez y golpeando con el puño crispado la superficie del tocador, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

* * *

—Dudo que Mike Raniero pueda matarnos, al menos por el momento —dijo Fred, sirviendo ginebra en la copa de la muchacha.

Estaban los dos en el *saloon* contiguo al hotel, sentados ante una mesa y con una botella de por medio. Cualquiera que los hubiese visto habría dicho que no era posible que la mujer hubiese traicionado a Fred Topeka días antes.

—¿Por qué? ¿Qué le ocurre a Mike?

—Deberá guardar cama unos cuantos días para curarse un rasguño. Y para que desaparezcan los chichones que debe de tener en la cabeza y las moraduras que afean su rostro.

—¿Fue a matarte? —preguntó la mujer, ansiosamente, sólo con un hilo de voz.

—Fue a matarme. Pero no lo consiguió.

Martha bebió de un trago su ginebra, abrasándose la garganta. Pero parecía como si hubiera necesitado infundirse valor para las preguntas que a continuación formuló:

—Fred, ¿cómo eres, en realidad? ¿Acaso ignoras que fui yo quien te puso en manos de Mike, aprovechando tu exceso de confianza, y que lo hice sabiendo que él iba a quitarte la vida?

Fred Topeka la miró a los ojos. La miró a los ojos de una forma muy rara. Parecía como si en vez de acusarla lo que quisiera fuese infundirle ánimos y valor. La muchacha sintió esa cálida mirada dentro de sí como un aguijón que le llegase hasta el fondo de la conciencia.

—Mira, muchacha, yo creo que todos somos malas personas alguna vez. Quizá por eso pienso que si al que ha obrado mal se le

da una oportunidad y se le trata como si uno ya no se acordara de su falta, puede rectificar a poco que quede en él de persona decente. Y tú eres aún demasiado joven para estar podrida del todo. Creo que mereces el que se te dé un margen de confianza y se te diga: «Muchacha, estabas equivocada. Procura no equivocarte otra vez».

Martha tenía veintidós años y desde los diez estaba corriendo por el mundo. Pero todo ese tiempo nadie le había hablado como Fred Topeka lo hacía ahora. Nadie le había dicho que cuando uno causa un mal puede ser perdonado y se puede dar un margen de confianza para que otra vez obre bien. En el Oeste era ése un lenguaje tan desconocido como el chino, el turco y el arameo. Pero ese lenguaje que Martha nunca había oído, penetró hasta el fondo de su corazón de una manera misteriosa y punzante, haciéndole ver que en su vida había mucho de rastrero y miserable. Y notó, de repente, que sus ojos se humedecían, teniendo que hacer un violento esfuerzo para evitar su impulso femenino de dejar correr las lágrimas.

—Fred, ¿qué clase de hombre eres tú? —insistió—. ¿Dónde te has criado y quién fue tu maestro?

—Me he criado en cualquier sitio —repuso Fred—. Donde podía. Y en cuanto a mis maestros, fueron los peores pistoleros del Oeste central, las fieras más sanguinarias y crueles que jamás han hollado esta tierra. Pero el tiempo te hará comprender una cosa, Martha, y es que los malos enseñan tanto como los buenos. Cuando uno ve acabar desastrosamente a los que predican la ley del gatillo, por fuerza tiene que pensar que esa ley no es tan buena como ellos decían. Pero dejemos esas cosas para un día en que estemos más aburridos. Y no hagas demasiado caso de las palabras que un tipo como yo, que no es más que un borracho.

Llenó su vaso y lo vació de un golpe. Martha le miró intensamente a los ojos.

—Adivino que el licor te ha ayudado a veces a olvidar cosas desagradables, Fred. Pero eso sientes afición a él.

—¿Yo? ¡Uf! Aunque el mundo entero fuese un jardín de rosas, les volvería la espalda para seguir bebiendo como un condenado. No soy más que un indecente borracho, Martha, y cree que te estoy diciendo la verdad.

—Fred —susurró Martha—. Cuando yo hice aquello estaba

aterrorizada. Una mujer no es aquí nada cuando Mike Raniero la quiere para mal, y necesita a toda costa congraciarse con él. Me había sentenciado a muerte porque ayudé a escapar a Morton, a un enemigo suyo a quien sus hombres habían herido. Y tú eras mi oportunidad. No sé si lo comprenderás alguna vez, y no te pido ni siquiera que lo comprendas. Pero yo tenía miedo. Y tú estabas allí tan quieto, tan dormido, tan…

—Tan borracho —terminó Fred, sonriendo.

—No hables así, Fred. No quieres darte cuenta de que estoy pidiendo perdón. De que te estoy prometiendo que nunca más volveré a obrar como lo hice.

—No es a mí a quien necesitas prometer eso, muchacha. Necesitas prometértelo a ti misma. Y en cuanto a Mike Raniero, yo supongo que reflexionará después de lo que ha ocurrido hoy, aunque mucho me temo que quiera seguir siendo un miserable asesino. Lo que ha hecho esta mañana, por lo menos, es propio de un hombre que está podrido de la cabeza a los pies y que ya no tiene redención posible.

Se puso en pie, llevándose la botella. Martha iba a decir algo más, pero en ese momento oyeron en la calle un gran estrépito, acompañado de gritos y de músicas alegres. Luego algunos *cow-boys* que había junto a la puerta del *saloon*, empezaron a disparar sus revólveres al aire. Ése era el modo como la villa de Lamed, en Kansas, recibía siempre a la diligencia que llegaba del Este.

—Han llegado viajeros —murmuró Fred Topeka, con los ojos brillantes—. Vamos a verlos. ¡A lo mejor ha venido alguna chica guapa!

No esperó a conocer la opinión de Martha. Salió a la puerta y vio entonces a la diligencia que se había detenido en medio de una gran nube de polvo. Las portezuelas se abrían y por ellas empezaron a descender los viajeros. Un «¡Oh!» de asombro escapó repentinamente de las gargantas de cuantos presenciaban el gratuito espectáculo.

La primera en descender era una dama, ya entrada en años, vestida de raso de la cabeza a los pies y rutilante de piedras preciosas. No se comprendía cómo la diligencia había llegado hasta allí arrastrando tanto cargamento, y menos aún cómo no lo habían

olido los bandoleros de la frontera. Luego descendió una dama más joven, tanto que debía ser hija de la primera, pero vestida con igual ostentación. Por fin, un caballero ya anciano que ayudó a descender a una muchacha y luego le guiñó el ojo, y por fin un hombre delgado, con gafas, nariz descomunal, paraguas y un maletín de doctor.

Fred Topeka no conocía los nombres de todos aquellos seres, pero pronto tendría motivos para saber que la madre y los abuelos de Eleonora Van Locker habían llegado a Lamed acompañados por Heliotropo Mamerto Figer.

CAPÍTULO VI

EL Lió

La dama más vieja se acercó a la puerta del *saloon*, que era al mismo tiempo la de entrada al hotel, y saludó a Fred Topeka del siguiente modo:

—¡Apártese, borracho!

—¡Hum! Usted también debe serlo, señora. Hace falta haber bebido mucho para atreverse a entrar en Kansas con toda esa bisutería.

—¡Bisutería! ¿Llama usted bisutería a las joyas de la familia Van Locker, desgraciado? ¡Dígame cómo se llama usted! ¡Dígame inmediatamente cómo se llama usted para denunciarlo a las autoridades!

Fred le pasó dos veces por la nariz el gollete de la botella.

—Vamos, no se tome las cosas tan en serio y beba un poco de esta ginebra. Le hará olvidarse de todas las cosas desagradables, como, por ejemplo, su edad.

La mujer estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios y se puso tan encarnada como un rábano. Luego encajó el mentón, rechinó los dientes y pasó por delante del joven sin volver a mirarle.

Tras ella pasó la dama de menos edad, y luego el del maletín, quien dijo por lo bajo a Fred:

—Vergüenza le debía dar recomendar a las damas estos productos que destruyen el hígado, caballero.

Intencionadamente se había quedado detrás el anciano, quien al pasar junto a Fred le arrebató ansiosamente la botella de las manos, bebió un trago y luego regurgitó satisfecho, entrando en el hotel

tras tratar de recobrar nuevamente su apariencia honorable.

—¡Caballero! —dijo el médico, golpeando con su paraguas el mostrador de recepción—. ¿Ha llegado aquí hace poco una señorita llamada Eleonora Van Locker?

El encargado se encogió de hombros.

—Yo no sé si entre las damas que han llegado hace un rato, había una llamada Van Locker. Lo único que sé es que siete mujeres armadas de paraguas han ocupado siete habitaciones, y que en el libro registro han firmado como «Comité Ejecutivo de la Moral Pública».

—Eso me gusta —murmuró la abuela de Eleonora—. Si las mujeres no nos ocupásemos de la moralidad en estas tierras dominadas por los hombres, yo no sé qué llegaría a ocurrir. Pero, dígame: ¿entre esas mujeres no iba una muy joven, de cabellos rubios y vestida como corresponde a una verdadera dama?

El encargado puso los ojos en blanco. Luego empezó a trazar curvas con las manos y lanzó por fin, un silbido de admiración.

—¡Diablos! ¡Ya lo creo! ¡Una mujer cañón! ¡Una señora que mareaba! ¡He estado a punto de preguntarle qué es lo que había que hacer para que me abriese la cabeza con su paraguas!

La madre de Eleonora no contestó nada. Levantó el pesado tintero de cristal que había sobre el mostrador y lo dejó caer de golpe sobre la cabeza del encargado. Éste se arrugó en un segundo y cayó redondo a tierra.

—Ya sabemos que Eleonora está aquí. Sabemos también, ¡ay desgracia!, que ha despertado sentimientos malsanos en el corazón de los hombres. ¡Busquémosla antes de que sea demasiado tarde!

Eleonora abrió en ese momento la puerta de su habitación, al oír el griterío que sin darse cuenta causaban sus parientes. Y se quedó petrificada al darse cuenta de que el consejo de familia en pleno estaba reunido allí. Su madre la abrazó como si se tratara de salvarla de las fauces de un dragón.

—¡Hija mía!

—¿Cómo es que habéis venido todos detrás de mí? ¿Es que me vas a obligar a casarme con Figer?

—Supimos que habías ido a visitar a *madame* Pipper la misma noche de la fiesta —dijo el abuelo—, y supimos también que esa respetable señora había salido para el Oeste central a la mañana

siguiente. Y como esta tierra no es recomendable para ti, hemos venido en tu busca.

—Soy mayor de edad —afirmó tajantemente Eleonora—, y puedo fijar mi residencia en el lugar que a mí me dé la gana.

—¡Hija! ¿Qué expresiones son ésas? ¡Llevas unos pocos días fuera de casa y ya has aprendido a hablar así!

Eleonora, cuya educación rígidamente puritana no podía destruirse en un momento, hizo marcha atrás inmediatamente.

—La misión que *madame* Pipper nos ha impuesto es altamente moral y educativa —manifestó—. Debemos contribuir a desterrar de esta tierra los nefastos vicios que la corrompen y la afean. Debemos hacer de Kansas un paraíso del bien y de la virtud. Y yo os suplico, amados progenitores, que disculpéis el atrevimiento de mi marcha en gracias a las buenas intenciones que me animan. —El discursito hubiera hecho sonrojar a cualquier Círculo de Damas. Y los parientes de Eleonora hubiesen perdonado a ésta muy sinceramente de no haber entrado en aquel momento Fred Topeka, quien se puso a aplaudir como un loco.

—¡Bravo! ¡Así se habla! ¿Por qué no se presenta usted a las próximas votaciones que habrá para la elección de juez?

Las tres mujeres contemplaron a Fred altivamente, mientras el abuelo se colocaba detrás para que ellas no pudieran ver que se estaba partiendo de risa. El joven pareció quedar turbado por un momento, como si no comprendiera que sus aplausos pudieran ser mal interpretados por aquella gente.

—¿Quién es ése? —murmuró la abuela.

—¿Ése? —articuló Eleonora, mirándole fijamente—. Un pistolero profesional. Sólo eso.

Hubo en la mirada de Eleonora algo muy extraño, muy intenso. Algo tan mal reprimido que salió al exterior de una forma brutal y salvaje casi. Los ojos que contemplaron a Fred Topeka brillaron de un modo que parecía febril. Y él se dio cuenta de que aquella mujer no había amado nunca aún, y de que en su espíritu virgen latía un huracán de sentimientos. Se estremeció.

—Perdón —dijo—. Es que nunca había oído hablar así. Les ruego que me disculpen.

Salió a la calle, un poco cabizbajo y como avergonzado de lo que acababa de hacer. Pero lo que Fred Topeka sentía en estos

momentos no era vergüenza, sino confusión. Porque había visto en los ojos de Eleonora algo que hasta entonces no viera jamás.

Martha, la bailarina, que se había alejado de él al llegar la diligencia, pasó de repente a su lado, sin detenerse, y le dio un rápido golpe con el codo. Fred se ladeó ligeramente y se encontró con un papel doblado entre los dedos, mientras la mujer que se lo acababa de entregar seguía a paso vivo a lo largo del porche, levantando murmullos de admiración a cada movimiento.

Fred desdobló el papel y vio que, en letra pequeña y nerviosa, sin duda de la misma Martha, había escrito lo siguiente:

> «Salga usted inmediatamente de la población. Su única posibilidad de salvarse está en la fuga. Mike Raniero ha decidido matarle».

Fred Topeka alzó los ojos, tras doblar lentamente el papel, y vio que desde el porche frontero cuatro hombres le estaban mirando. Cuatro hombres a los que él no conocía, pero que vigilaban cada uno de sus movimientos llevando ya las manos a la altura de sus culatas.

* * *

—«Y todos rezamos para que descanse en paz».

El pastor cerró los ojos y se sumió durante unos instantes en su oración. «Todos» rezaron.

Ese «todos» consistía únicamente en Fred Topeka, la sola persona que había acudido al entierro del viejo periodista asesinado aquella misma mañana.

Ni familiares llorosos, ni ceremonia, ni nada. Ni siquiera unos pocos amigos que le acompañaran en el último viaje. Tan sólo el pastor y Fred Topeka, el pistolero, unidos bajo la luz turbia del crepúsculo y quietos ante la sencilla tumba. Los sepultureros, que ya habían acabado de cubrirla de tierra, afianzaron un poco la cruz, se pusieron los sombreros y se alejaron poco a poco. Fred Topeka se puso también el suyo, agujereado por una docena de sitios.

—¿Era amigo suyo? —preguntó el pastor, mirándole de repente —. ¿Muy amigo?

—Lo conocía tan sólo ocasionalmente. Pero vivimos juntos la última aventura. ¿Por qué pregunta eso?

—Porque hace falta ser muy amigo de este hombre para venir a su entierro. Muy amigo o muy loco, aunque la caridad ordene hacer lo que usted ha hecho.

—No le comprendo bien.

—¿No es cierto que ese hombre fue asesinado por Mike Raniero y sus cómplices?

—Sí. Esta misma mañana.

—Entonces, ellos no perdonarán que usted haya asistido al entierro. Una cosa tan simple la considerarán como un desafío. Calcule usted si habrá personas honradas en Lamed, personas que compartían las mismas ideas que este hombre, y, sin embargo, nadie se ha atrevido a dar la cara compareciendo aquí.

Fred sonrió. Su sonrisa no fue visible en la naciente oscuridad.

—Mire Raniero ya no necesitaba esto para considerarme su enemigo. Creo que a este respecto me tiene bien catalogado. Buenas noches, padre.

Se santiguó brevemente antes de alejarse de la sepultura, y luego emprendió a paso rápido el camino hacia la población. Lamed brillaba de luces y gritería a aquella hora, contrastando de una manera brutal con la quietud del pequeño cementerio que acababa de abandonar. Pero la verdad, Fred prefería el griterío, porque allí se sentía en su ambiente.

No dejó de mantenerse vigilante durante el camino por si los hombres de Mike le habían preparado una trampa, aunque esto era difícil porque no había rocas ni maleza a los lados. Llegó a la población sin novedad y entró directamente en el *saloon*.

Una verdadera juerga se estaba celebrando en aquellos momentos en el interior.

Todo el conjunto de bailarinas actuaba en el pequeño escenario, que en este momento estaba abarrotado de hermosas muchachas. Los espectadores bramaban entusiasmados mientras lanzaban los clásicos gritos y algunos disparos al aire. Los primeros borrachos estaban ya de bruces sobre las mesas. Y aun los jugadores de ventaja contratados por el local habían dejado por unos momentos de atender a las cartas para mirar embelesados a las chicas.

Fred Topeka entró poco a poco, aproximándose a una mesa

donde varios tipos borrachos como cubas jugaban a los naipes una partida monótona y vacilante, sin darse cuenta siquiera de cuál era la carta que ponían sobre el tapete.

—¿Me permiten mirar, amigos?

—¿Cómo no? Siéntese y beba, compañero. Y vigile a ver si hay entre nosotros algún sinvergüenza que haga trampas.

Fred se sentó y estuvo contemplando durante unos instantes la partida. En realidad, estaba allí porque no sabía dónde meterse esa noche. No tenía ni siquiera unos centavos para alquilar una cama en un tugurio de mala muerte. E incluso había pensado mientras regresaba del cementerio que dejarse apresar nuevamente por los tipos de Mike no sería tal vez tan mala cosa, puesto que al menos le resolvería el problema del alojamiento por aquella noche.

De momento, mientras pasaban las horas y mientras el *saloon* estuviese abierto, se encontraba bien allí. Todo el griterío que había a su alrededor y todo aquel escándalo, le parecían a él una grata paz.

Pero esa «grata paz» iba a durar bien poco.

La música cesó después de un estruendoso final y las bailarinas se retiraron entre las aclamaciones delirantes del público. Y entonces entraron «ellas».

«Ellas» eran las damas del paraguas. *Madame* Pipper y sus seis discípulas.

A los gritos de «borrachos indecentes», «la moral ante todo», «prohibición» y otros semejantes, se lanzaron al asalto enarbolando sus paraguas. *Madame* Pipper tumbó a dos tipos que trataban de levantarse de sus mesas para hacerles frente. Las otras comenzaron a botellazos, puntapiés, paraguazos y bofetadas contra todos los hombres que se les pusieron por delante. Eleonora vino recta hacia la mesa en que estaba sentado Fred, sin darse cuenta de ese detalle, y empezó a repartir paraguazos contra los borrachos que la ocupaban. Los naipes y las botellas saltaron aparatosamente por el aire, mientras los individuos se sujetaban la cabeza con ambas manos para protegerse de alguna manera. Fred oprimió con su mano una muñeca de la mujer, y entonces ella volvió hacia aquel sitio sus ojos.

Hubo un relámpago en ellos, al ver a Fred. Un relámpago violento, doloroso casi. Trató de desasirse moviendo con energía

todo su joven cuerpo. Pero no lo consiguió.

—¡Socorro! —exclamó uno de los borrachos—. ¡Ni mi mujer me ha pegado así nunca!

—Esto no es para usted —dijo Fred Topeka, mirando a la mujer al fondo de los ojos—. Quiere comportarse como una mujer desengañada cuando aún no ha empezado a vivir. Cásese, tenga hijos, edúquelos bien y no se preocupe de otra cosa. Y si por cualquier causa no puede hacer nada de eso, compre entonces un buen paraguas y empiece a romper cabezas de borrachos. Pero le repito, muchacha. De momento esto no es para usted.

Seguía sin soltarla. La mujer tiró desesperadamente de su muñeca, hasta librarse. Y con los mismos ojos llameantes, abrió la boca para gritarle:

—¡No he empezado a vivir, ya lo sé! ¡En cambio usted ha vivido mucho, sinvergüenza!

—¡Diablos! ¿A qué se refiere?

El tumulto seguía creciendo a su alrededor, y parecía ahora como si todo el *saloon* hubiera de hundirse. Pero de repente ellos dos tuvieron la extraña sensación de que ya no estaban allí, de que habían dejado de pertenecer a aquel ambiente, quedando mágicamente solos en el mundo y aislados de todo, solos irremediablemente con su problema y su secreto dolor.

—Le he visto besar a una mujer —murmuró ella, sordamente.

Sólo podía referirse a Martha. Fred Topeka se mordió los labios.

—Ella no se opuso. Es cuanto puedo decirle.

—¡Claro que no se opuso! ¡Si es tan sinvergüenza como usted! ¡Si ninguno de los dos conoce la moral ni la decencia!

Descargó su paraguas sobre Fred, quien empezó a pensar si entre todas aquellas mujeres no conseguirían lo que no había conseguido Raniero, es decir, matarle.

—Decir que me case y que tenga hijos —gritaba Eleonora, mientras le golpeaba a más y mejor—. ¡Atreverse a decirle eso a una señorita!

—Pero bueno…, ¡alguien se lo tenía que decir! —gritó también Fred, tratando inútilmente de cubrirse.

Y en ese preciso momento se hizo como por obra de magia un expectante silencio en el local. Habían sido empujados los batientes y Mike Raniero acababa de entrar seguido por cinco de sus más

eficaces pistoleros.

CAPÍTULO VII

EL REY DE LA CIUDAD

Aunque no llevaba ningún vendaje visible, se advertía claramente que Mike no podía mover con facilidad el brazo izquierdo. Lo llevaba plegado sobre el pecho y lo mantenía quieto en esa postura, todo ello a causa del rasguño que recibiera aquella mañana. Sus cinco hombres, en cambio, estaban bien frescos y listos para actuar.

Mike Raniero entró en la sala poco a poco, seguido de sus *gun-men*. El tintineo de sus espuelas rompió el silencio bochornoso del local. Todos se daban cuenta de que la tormenta iba a estallar y evitaban mirar a los recién venidos, como si desearan permanecer ajenos a cuanto sucediese. Pero Mike Raniero no parecía tener ganas de bronca al menos por el momento.

Se acercó a la barra y se hizo servir un vaso de ginebra, que bebió con la mayor calma y sin mirar a nadie en concreto. Luego hizo un fino y cortés saludo con la mano y salió del local.

Había dejado demostrado ante todos que él tenía intenciones pacíficas.

Los cinco hombres, entre los que se contaba el alguacil se pusieron a beber tranquilamente de espaldas al local, sin hacer el menor gesto agresivo. Y el run, run de las conversaciones fue subiendo de tono otra vez, al ir llegando los espectadores a la tranquilizadora convicción de que allí no pasaría nada.

Fred Topeka estaba convencido de todo lo contrario, pero no tenía más remedio que esperar los acontecimientos. De otro modo sería considerado como agresor, y era posible que se le castigase

con la horca.

Eleonora, que cuando entró Mike tenía el paraguas levantado y lo había bajado poco a poco, lo levantó nuevamente de forma poco tranquilizadora.

—¡Atreverse a decir eso a una señorita! —repitió—. ¿Quién se ha creído que es usted, pirata?

—Bueno, yo no he querido ofenderla, se lo juro. Si usted no quiere casarse, o nadie quiere casarse con usted, eso no es cuenta mía.

Fred recibió un nuevo paraguazo en el cráneo. Ésa fue la señal para que las restantes damas reanudasen el ataque con redoblado entusiasmo. Otra vez los naipes y las botellas saltaron por el aire.

Pero lo más extraño de esa situación era que Eleonora no se movía de allí. Parecía centrar su agresividad únicamente en Fred Topeka, y además, la suya era una agresividad muy rara, porque más que golpearle con el paraguas lo que parecía era que le acariciase. Igual que si no hubiese otra persona en el *saloon*, la muchacha estaba pendiente de los menores movimientos de Fred, a quien miraba con rutilantes ojos.

—¡Además no me extrañaría que su nombre fuese falso! —Silbó —. ¡Es muy raro que usted se llame igual que una capital de este Estado!

—No, no, eso sí que no tiene nada de raro —aseguró Fred, con ademán pacificador—. Como no conocí a mis padres, los pistoleros que me recogieron me pusieron al azar el nombre de Fred, y como, además, me habían encontrado en Topeka, me llamaron igual que esa ciudad, a guisa de apellido. Ya ve usted que mi origen es perfectamente honrado.

—¡Honrado! ¡Llama origen honrado al de un niño a quien los pistoleros encuentran en plena calle! ¡Y se atreve a mirarme a los ojos a mí, a una Van Locker!

Le propinó un último golpe de paraguas, éste en serio, y se alejó de allí con los labios apretados y expresión altiva. Para unirse al resto de sus compañeras tenía que pasar cerca de la barra, donde estaban los pistoleros y así les ofreció la ocasión que éstos esperaban para actuar.

Uno de ellos tendió hábilmente la pierna, fingiendo que no había visto a la muchacha. Ésta tropezó con la bota y cayó al suelo

cuan larga era, mientras la espuela le trazaba una larga carrera en su media.

—¡Cómo lo siento! —dijo el pistolero, inclinándose sobre ella—. Permita que la levante, señorita.

—¡Me levantaré yo sola! ¡Déjeme!

Pero el pistolero no la dejó. El no dejarla era parte fundamental de su plan. Se inclinó sobre ella para levantarla, pero lo que hizo en realidad fue ceñirla por la cintura y clavar sus labios ávidos en el rostro de la muchacha.

—¡Suélteme! ¡Suélteme…!

El hombre la levantó entonces de repente, con enorme violencia.

—Eres muy desgraciada, nena. Yo sólo pretendía ayudarte. ¡Y por desgracia para ti, has acabado con mi paciencia!

La zarandeó violentamente, besándola otra vez. Eleonora trató de desasirse, pero fue inútil porque los brazos del pistolero parecían cables de acero.

Un bochornoso silencio se había hecho nuevamente en la sala.

Y entonces Fred Topeka se puso en pie. Llevaba un doble cinto con dos revólveres que arrebatara aquella misma mañana a los pistoleros de Mike, pero parecía como si no quisiera hacer uso de ellos porque tenía los brazos indolentemente caídos a lo largo del cuerpo.

—Harás bien en soltar a esa mujer, amigo.

Y al instante se advirtió con claridad que aquello no había sido más que una trampa hábilmente preparada. Con una rapidez excesiva para ser natural, el alguacil se apresuró a decir:

—Esto no es más que una discusión accidental entre un hombre y una mujer, y advierto a todo el mundo que no hay motivo para intervenir. El que lo haga y provoque un escándalo, se atendrá a las consecuencias.

Fred sonrió.

—Perfectamente. Ordene entonces a su amigo que suelte a esa mujer y termine ahí el incidente. Yo, por mi parte, no tengo el menor deseo de continuarlo.

El alguacil se volvió hacia el pistolero.

—¿Has oído, Tom? Deja en paz a la chica y terminemos la cuestión. Yo te lo ordeno.

—Claro que voy a dejarla. ¡Si no deseo otra cosa!

La soltó. Pero hábilmente había pisado ya los pliegues del vestido de Eleonora, y al alejarse ésta, la falda se rasgó de arriba abajo, dejando al descubierto parte de su ropa interior. Y menos mal que las señoritas aristocráticas de la época llevaban bastantes cosas debajo de la falda, porque de lo contrario, todos los que estaban detrás de Eleonora hubiesen podido apreciar bien de cerca la calidad de sus piernas. De todos modos, la vergüenza fue tan grande para una muchacha de sus principios y su educación, que al darse cuenta de lo sucedido se sonrojó intensamente y estuvo a punto de caer a tierra. Rápidamente se pegó de espaldas a la barra, donde ya la aguardaba el mismo pistolero.

—¡Qué desgraciado soy! —dijo plañideramente—. No hago más que molestarla, señorita. ¡Permita que repare en lo posible mi bochornosa falta!

Y trató de hacer dar media vuelta a Eleonora entre las risotadas del público, que ya se había dado cuenta del juego. *Madame* Pipper y sus damas estaban tan horrorizadas ante aquel cinismo, que no tenían fuerzas ni para intervenir.

Y de nuevo fue Fred Topeka el que alzó la voz para decir:

—No me gusta este juego, amigos. Creo que más valdrá que se aparten de la mujer.

La voz del alguacil advirtió otra vez:

—Ha sido un accidente que todos lamentamos. ¿Qué te importa a ti esto, granuja?

—¿Un accidente tan casual como el duelo de esta mañana, no es verdad?

—¡Fred Topeka, debo recordarte que yo represento a la ley aquí! ¡Y tú me estás insultando! ¡Hay ante nosotros numerosos testigos que luego dirán lo que han visto!

—No necesito que lo afirme. Me consta que lo tiene todo perfectamente preparado.

Se despegó de la mesa, arqueando un poco los brazos. Miraba fijamente al pistolero y al alguacil, pero sabía de sobra que el ataque no iba a venir por allí. La incógnita estaba en saber por dónde. Y sus nervios sufrieron una sacudida al oír:

—¡Tú lo has querido!

Era hacia la derecha. Se dejó caer al suelo, revolviéndose con la rapidez de un reptil, y extrajo su revólver de aquel lado. Dos

detonaciones arañaron el aire, mientras él caía entre las mesas. El pistolero que había hecho fuego, con las espaldas pegadas a la barra, sufrió un estremecimiento y dio un traspié como si estuviera borracho. Todo había sido tan rápido que nadie supo con precisión si la bala le había alcanzado o había hecho aquel movimiento para esquivarla. Pero cuando sobre el pecho del hombre apareció una repentina mancha roja, *madame* Pipper lanzó un grito de horror.

La función no había hecho más que empezar, sin embargo.

Tres pistoleros más, pues al alguacil le interesaba guardar una neutralidad respetuosa, se lanzaron entre las mesas en busca de Fred Topeka. El desbarajuste que allí se produjo fue mucho mayor que el que las damas de *madame* Pipper habían ocasionado con sus paraguas. Los hombres y las bailarinas, las mesas y las botellas fueron por el suelo entre los gritos de entusiasmo delirante de los que no participaban en la pelea. Fred lanzó una mesa contra dos de los hombres que venían hacia él y disparó contra el tercero, que trataba de acribillarle desde la barra. El pistolero cayó hacia atrás, con la cabeza atravesada, y luego resbaló poco a poco hasta el suelo. Pero Fred no se entretuvo en verlo.

Dos pistoleros más disparaban contra él entre el monumental lío de personas y muebles, sin preocuparse demasiado de si sus balas ponían en peligro la vida de algún inocente. Fred dio un salto hacia atrás, rodó entre las mesas y desenfundó también su revólver izquierdo, haciendo fuego con él. No hirió a nadie, pues su postura le hacía imposible precisar el tiro, pero obligó a sus dos enemigos a cobijarse. Luego rodó sobre sí mismo ágilmente, hasta el pie de la barra, y desde allí hizo fuego nuevamente. Uno de los pistoleros se encogió, alcanzado en un hombro, y el otro echó a correr presa del pánico. Fred le hirió en una pierna en el momento en que se ponía en pie, y hubiera podido matarle fácilmente cuando huía, pero él no disparaba contra hombres que le diesen la espalda. Miró hacia el alguacil, sin soltar los revólveres, y entonces se dio cuenta de que, a pesar de haber vencido en la pelea, la había perdido en realidad. Porque el plan de sus enemigos estaba demasiado bien calculado para que fallase.

El alguacil se parapetaba tras el cuerpo de Eleonora, que estaba impotente en sus brazos. Y con un revólver apuntaba directamente a la cabeza de Fred.

—Ríndase o atravieso a la chica —silbó.

Fred Topeka, sin decir una palabra, dejó caer los revólveres al suelo.

Capítulo VIII

LA Ley DE LA Soga

Los miembros de la honorable familia Van Locker estaban reunidos en el saloncito del hotel. Tenían todos una cara parecida a la que tendría un bandolero después de descubrir que el día anterior se olvidó un cigarro encendido dentro de la caja fuerte.

—Lo que ha hecho ese hombre es digno de admiración —decía en esos instantes el abuelo—. Por defender a Eleonora, no ha vacilado en enfrentarse a cinco pistoleros armados. Y luego se ha entregado a la venganza de sus enemigos con tal de que ella no sufriese el menor mal.

Eleonora tenía los ojos bajos y los labios apretados en una mueca dura y seca. Cualquiera hubiese dicho que se mantenía ajena a la conversación, pero lo cierto es que una verdadera tempestad de sentimientos bullía en su pecho. Sus dedos entrelazados temblaban de una forma que no podía disimular.

—Ese hombre está ahora en la cárcel —dijo la madre—. ¿Puede saberse qué es lo que harán con él?

—Eso está fuera de toda duda. Ahorcarle.

—¿Ahorcarle? ¿Sin juicio ni nada? ¿Sin organizar al menos la comedia de un jurado y un juez?

—Eso sería perder el tiempo —opinó el abuelo—, aun cuando el resultado fuese el mismo. Lo que ese sinvergüenza de alguacil hará, será buscar media docena de cómplices y organizar un asalto a la pequeña prisión, como si se tratase de un linchamiento popular. Luego, y si alguna vez se le piden cuentas, dirá que él no pudo evitarlo y que fue el mismo pueblo el que se tomó la justicia por su

mano. Apuesto a que ni el mismo gobernador le dice nada después de eso.

—Apostar es de sinvergüenzas —censuró su esposa, mirándole agresivamente—. Y por cierto ¿cómo sabes tú tantas cosas acerca de las costumbres de esta salvaje tierra?

El viejo sabía aquello y mucho más, aunque no lo había dicho nunca. Ningún miembro de su honorable familia conocía el origen de su honorable fortuna, la cual se inició cuarenta años atrás con un pequeño filón de plata en el Estado de Nevada, filón que había sido necesario defender con los revólveres y con los puños. El viejo Van Locker aún sabía diferenciar a distancia el ladrido de un «Derringer» y el de un «Colt», sabía dónde hace daño un buen *upper-cut* y dónde hay que clavar un puñal «Bowie» para que al enemigo no le queden ganas de respirar nunca más. Pero, desde luego, de todo eso su familia no tenía la menor idea. Para los Van Locker, el abuelo era un ser gruñón, pero pacífico, que había hecho su dinero en negocios de Banca y con la venta de productos minerales a unos altos hornos del Norte.

—Todo eso lo he leído —mintió—. En los últimos años, los periódicos se han llenado de historias así.

—¡Hum…! —Gruñó la abuela—. De los periódicos, tú solo lees las noticias teatrales cuando en el titular aparece el nombre de alguna mujer. Pero vamos a suponer que sea verdad lo que dices. ¿Vamos a dejar que ese hombre muera? A mí, la verdad, no me gustan nada sus palabras ni su aspecto, pero de eso a dejar que le linchen…

—No debemos meternos en lo que no nos importa —suspiró la madre—. Si a ese hombre no lo linchan por esto, lo lincharán por otra cosa. De modo que más vale dejar que el destino siga su curso.

Las manos de Eleonora Van Locker temblaron un poco más. La línea de sus labios se hizo un poco más dura. Y entonces todos vieron que se estremecían sus hombros, que temblaban sus párpados como si estuviese a punto de sufrir un ataque. De repente, se puso en pie.

—No sois más que unos cobardes —gritó—. ¡Unos cobardes todos! ¡Vais a permitir sin hacer nada, que al hombre que me ha salvado le sea aplicada la salvaje ley de Lynch! ¡Que esta noche cuelguen de un árbol lo poco que quede de él después del sacrificio!

¡Que luego los que lo han matado vuelvan a posar los ojos sobre mí…! —Se interrumpió de repente, sufriendo una sacudida—. ¡Hemos de hacer algo por, salvarlo, aunque todos aborrezcamos a ese hombre!

Su madre y su abuela la miraron asombradas, pues no estaban acostumbradas de ninguna manera a que Eleonora les hablase así. Pero en cambio, el abuelo gritó, dando un salto:

—¡Bravo!

Todos volvieron el rostro hacia él para mirarle asombrados. El abuelo arqueó las cejas, se dio cuenta de que su actitud era muy poco académica y volvió a sentarse, pero diciendo:

—Si vosotras no queréis intervenir, entre Eleonora y yo salvaremos a ese hombre. Naturalmente, contaremos para ello con la ayuda del doctor Figer, quien es un hombre exacto y acostumbrado a la puntualidad. Veréis, lo primero que hay que hacer es llamar al encargado del hotel…

Lo llamó. Mientras éste acudía, el doctor Figer levantó las manos con un gesto de protesta.

—¡No pueden obligarme a eso! ¡A Eleonora y a mí no pueden meternos en líos con otro hombre!

—¡Cállese! —gritó el abuelo—. ¡O le hago tomar una de sus medicinas y lo dejo seco!

El encargado acudió en este momento.

—Quiero un «Colt» y dos buenos caballos. Los quiero en seguida. ¿Puede usted vendérmelos?

—El «Colt», ahora mismo. Puedo cederle el mío, que es nuevo y de una inmejorable precisión. Los caballos los tendrá en la puerta dentro de cinco minutos, ensillados y todo.

Tendió el «Colt» al viejo, quien lo volteó en sus dedos con una especie de frenesí. Luego lanzó un «yupiii» de alegría, disparó contra una vela que adornaba con otras un piano y le arrancó la llama. Su honorable hija y su honorable esposa estaban boquiabiertas y con la sensación de que iban a morirse de un momento a otro.

—Yo voy a colocarme a la salida norte del pueblo con los dos caballos —dijo rápidamente el viejo Van Locker, sin dejar reponerse a nadie—. Tú, Eleonora, ocultarás este revólver en uno de los pliegues de tu vestido e irás a la cárcel diciendo que tienes que

despedirte del prisionero. No pueden negarte eso y te dejarán pasar. Pero estarás solo unos diez minutos con él, lo suficiente para poder entregarle el revólver sin que nadie sospeche. El doctor Figer, a cuyo reloj estará encomendada una parte muy importante de este asunto, cuidará de recoger a Eleonora en la cárcel cuando hayan transcurrido diez minutos desde la entrada de ésta. Cuando ella salga de la celda, habrá llegado el momento para que ese hombre trate de huir, y será conveniente que Figer proteja también a Eleonora durante el jaleo que se originará. Decidle, sobre todo, que me hallo en la salida norte de la población. Tendré dos caballos por si alguien más necesita huir. Tú, Eleonora, sobre todo, no salgas hasta que Figer vaya, a buscarte, pues dos hombres, aunque uno de ellos sea tu flamante prometido, siempre harán más en tu defensa que uno solo.

Figer movió su monumental reloj de oro, que pendía de una cadena cruzándole su floreado chaleco. Él fue el primero en ponerse en pie.

—Sus deseos son órdenes para mí —declaró, haciendo una reverencia—. Entiendo que debo situarme frente a la cárcel y empezar a contar desde que Eleonora entre en ella, ¿no es así?

—Exacto. A menos, claro, que el linchamiento empiece antes de lo previsto. En tal caso, debería usted entrar inmediatamente.

Figer no necesitaba más explicaciones y salió presurosamente de la habitación. Quería complacer al abuelo y de paso demostrar a Eleonora que él también era todo un hombre, aparte de tener su propio plan. Un plan que todos, excepto él, ignoraban.

* * *

Las cosas no iban a ser sencillas para Eleonora. Cuando salió de allí, en dirección a la cercana cárcel, ignoraba que la pequeña distancia que le separaba de ella no iba a serle fácil de recorrer.

La calle estaba mal iluminada en aquel trecho, y bajo los porches había espesas zonas de sombra. Eleonora los evitó, pues no quería tener ningún tropiezo desagradable. Durante unos momentos creyó estar soñando, pues le parecía increíble que ella pudiese ser la misma muchacha que en Nueva York se aburría en las fiestas y que no bebía en un vaso si éste no era de cristal tallado.

No podía comprobar por qué se había embarcado en aquella

aventura. Al principio pensó sólo en huir de Figer y las imposiciones de su familia, sin pensar que el Oeste era una tierra demasiado sangrienta para una muchacha como ella. Las cosas se habían complicado mucho en breves horas, y aun en este momento no acertaba a comprender cómo. Si había accedido al plan del abuelo, ello se debía en parte a un sentimiento de gratitud hacia Fred, y en parte al entusiasmo repentino que había sentido ante las animosas palabras del viejo. Pero no estaba segura de sus fuerzas, y tenía la sensación de que todo el mundo adivinaba el bulto formado por el revólver bajo su pecho.

Trató de preguntarse si había algo de amor también en aquel sentamiento confuso e inquietante que le impulsaba a ayudar a Fred. Inmediatamente se respondió que no, que no podía haber amor. Pero la fuerza con que se aseguró esto a sí misma, fue demasiado violenta para ser sincera.

—¿Sola a estas horas, muñeca?

La voz, repentina y seca como un disparo, la sobresaltó. Fue como si hubiese sonado dentro de su mismo cráneo. E inmediatamente brotó una mano de la oscuridad, y Eleonora fue arrastrada hacia la zona de uno de les porches antes de poder darse cuenta de lo que verdaderamente ocurría.

—¿Quién es usted? ¿Qué pretende?

No tuvo que repetir aquella pregunta dos veces. Por la forma como aquel hombre llevaba plegado el brazo izquierdo, adivinó inmediatamente que se trataba de Mike Raniero. Y esa primera impresión se vio confirmada en seguida cuando sus ojos se habituaron un poco a la oscuridad y pudo distinguir el rostro bien afeitado, los cabellos negros y los ojos brillantes del hombre que tenía dominada a la ciudad.

—Esta mañana no he podido verte con calma, pequeña. Ni tampoco hace un rato, en el *saloon*. Pero basta una sola mirada para saber que eres la mujer más bonita que ha pisado esta tierra. Me gustas, y cuando a Mike Raniero le gusta algo, lo consigue cueste lo que cueste. Trata de ser un poco amable conmigo y te convertirás en la reina de esta tierra.

Ella se dio cuenta de que estaban en la oscuridad y de que nadie pasaba por los alrededores. De hecho, estaban tan aislados como si se encontrasen en una isla, porque nadie, estando Fred encerrado,

se atrevería a intervenir contra Raniero. Comprendió que tendría que resolver la situación ella sola, y no le faltó valor. Movió su brazo derecho y trató de aplastar la mano contra la cara del hombre.

—¡Su sola presencia me asquea y me ofende! —gritó—. ¡Yo soy una Van Locker!

Pero Mike, a pesar de que tenía un brazo inutilizado, supo mover el otro bien. Esquivó la acometida de la joven, la enlazó por la cintura y la besó ansiosamente en la boca.

Era la primera vez que besaban a Eleonora Van Locker. Sintió en la boca un sabor a la vez pastoso y amargo, y se apartó tan violentamente que cayó al suelo. Mike no logró sujetarla bien porque sólo podía emplear un brazo. Pero cuando se inclinó para ceñirla de nuevo, dio dos ágiles vueltas sobre sí misma, a fin de esquivarle, y entonces cayó el revólver sobre las tablas del porche.

Eleonora trató de sujetarlo, ahogando un gemido, pero Mike puso antes el pie encima. Y lo hizo tan rápida y brutalmente, que aplastó en parte la mano de la muchacha.

—¡Vaya! ¡La palomita tenía el pico de acero, a lo que parece! Ven, yo mismo guardaré esto. Me sabría muy mal que se te disparase y quemara tu hermosa piel inútilmente, y desde el suelo, la muchacha trató de evitar lo inevitable, Mike se guardó el revólver y luego la contempló sonriendo, desde arriba.

—No me gustan las mujeres que llevan armas…

Trató de cazarla con su mano hábil, pero no pudo. Eleonora era demasiado joven y ágil para eso. Rodó hasta la calle, cayendo desde el porche, y allí se puso en pie. Un nuevo zarpazo de Mike y una nueva finta de ella, sirvieron para convencer al hombre de que sin ayuda no lograría abrazar, y menos reducir, a la muchacha.

—Vete —dijo de repente, mascando las palabras—. Ya tendremos tiempo para arreglar nuestros asuntos.

Eleonora se alejó a paso rápido, fingiendo que volvía al hotel, pero en realidad encaminóse a la cárcel tras dar un pequeño rodeo. Aunque no contaba con armas, ahora el plan ya estaba trazado, todos se hallaban en sus puestos y ella no podía volverse atrás. Vería si una vez dentro, a Fred o a ella se les ocurría alguna cosa.

Desde que Mike vio el revólver, el temerario plan de la muchacha se le apareció tan claro como si lo estuviese

contemplando a través de un espejo. Y sonrió al verla alejarse, porque al entrar en la cárcel sí que se ponía en sus manos.

Fue a paso vivo a una casa cercana, donde le esperaban sus nueve últimos hombres con sus revólveres preparados y con una soga cada uno entre las manos.

CAPÍTULO IX

LA ESTRATAGEMA

Heliotropo Mamerto Figer, entretanto, había encontrado un buen puesto para observar la entrada de la cárcel sin llamar demasiado la atención. Porque enfrente mismo del pequeño edificio de una planta donde se guardaba a los presos, había un *saloon*. No un *saloon* muy grande, desde luego, pero sí el más aristocrático de Lamed, si en Lamed había algo que lo fuera.

En ese *saloon* había varias mesas donde se jugaba y se bebía sin armar escándalo, una larga barra para beber en pie y un escenario donde cantaba una chica.

Esa chica iba ligera de ropa. Su voz no importaba nada a los selectos parroquianos del local. Ni siquiera la oían.

Todos decían que tenía una voz maravillosa, pero si en aquel momento se hubiese puesto sobre sus ligerísimas ropas de actuar un pesado abrigo de pieles, todos hubieran dicho que su voz era una birria.

Y lo curioso era que la muchacha había llegado a creer que era una gran cantante, y que pronto llegaría a escalar las más altas cimas de la Opera. Así son las cosas en este mundo.

Figer, que a pesar de su aspecto entendía mucho de mujeres y a quien le gustaba Eleonora precisamente por eso, se quedó alelado al ver a la artista. No porque pudiera compararse a su prometida, desde luego, sino porque en ésta había algo más picante, más gracioso, más… Bueno, no hacía falta decir el nombre de lo que ésta tenía de más. Pero Heliotropo Mamerto Figer se entendía perfectamente.

Estaba con los batientes ligeramente entreabiertos, mirando hacia el interior, sin acordarse ya de que pasaban los minutos, cuando una mano se puso en su hombro.

Se volvió asustado. Y se asustó más aún al ver de quién se trataba.

Era *madame* Pipper.

—¡Pero, doctor! ¿Qué hace usted aquí presenciando este espectáculo risible y bochornoso, vergüenza de nuestras costumbres y vituperio de nuestros más honrados principios morales? Quiero creer que está usted aquí por equivocación. ¿O es que acaso le gusta la chica?

Preguntó esto último con tono amenazador. Figer se apresuró a poner en claro que él no sabía ni siquiera lo que era una chica.

—Yo he venido hasta aquí atraído por la música, la verdad. ¡Es tan romántica, fina y espiritual esta melodía extendiéndose por entre las sombras de la calle! ¿Cómo cree usted, *madame*, que yo, hombre de solidos principios, puedo dedicar mi tiempo a la contemplación de una señorita ligera de ropa?

La expresión de *madame* Pipper cambió. Contemplo a Figer como si él fuese el más predilecto de sus hijos. Lo conocía por haberle visitado en Nueva York, y siempre había dicho que era el último de los médicos decentes que quedaba en la ciudad, quedando bien entendido que *madame* Pipper llamaba médico indecente al que para examinar la garganta le pedía a una que abriese la boca. En el fondo siempre había estado un poco enamorada de él, y la máxima ilusión de su vida hubiera sido casarse con un galeno tan renombrado y honorable, aunque para esto tuviese que dejar de propinar paraguazos en los bares. Viéndole sólo allí, pensó que tal vez conquistar a aquel hombre no lucia tan difícil, pese a Eleonora y pese a lodo.

Dulcificó su expresión, puso cara de pan y dijo:

—¡Cuánto me alegra haberle encontrado, doctor Figer!

Figer se removió intranquilo.

—Usted dirá, usted dirá —susurró, con ánimo de cortar pronto.

Pero en ese momento se retiró la chica que cantaba y aparecieron cinco bailarinas moviendo las piernas al compás de un can-can

. El público empezó a aullar de entusiasmo, y a Figer las gafas se le

movían de sitio. Respondió con monosílabos a la incesante palabrería de *madame* Pipper, quien en resumen alababa sus dotes de médico mientras se quejaba de las propias enfermedades, como si quisiera ser reconocida allí mismo.

Desde luego, olvidó lo apretado de la hora, pese a que Figer tenía un plan. Un miserable y mezquino plan que le llevaría a casarse con Eleonora Van Locker.

* * *

Mientras tanto, Eleonora había solicitado del guardián que la dejase hablar con Fred Topeka. El guardián accedió, pero a condición de que no entrase en la celda.

Fred, que estaba sentado en el camastro y con gran filosofía tiraba miguitas de pan a un pájaro que se había posado en la reja, se puso en pie con cierta violencia al verla acercarse. Pareció en el primer momento como si no creyese lo que sus ojos estaban viendo. Luego tragó saliva lentamente, se rascó la nuca con gesto que era habitual en él, y se aproximó poco a poco a la reja.

—No la esperaba —dijo—. El que sabe que está ciego sin remedio, no tiene derecho a esperar la luz.

Hubo una mueca seca, un poco triste, en los labios de Eleonora. Con aquella mueca, pareció como si ella entrase de repente en su mayoría de edad. Como si en este momento acabase de comprender la vida, aprendiendo que ésta era mucho más rica, más variada y al mismo tiempo más triste que lo que ella viera a través de las fiestas suntuosas de su casa de Nueva York.

Inclinando un poco la cabeza, respondió:

—No sabía que fuera también poeta, Fred.

—¿Poeta? —sonrió él—. La única poesía que yo entiendo es la de la pradera. La palabra, cuando uno va sólo por ella durante días y días, tiene como una música. Usted no la ha oído nunca, Eleonora, y es triste. Porque tampoco se ha oído a sí misma.

La mujer levantó poco a poco la cabeza. Su mirada azul, limpia, pura, se posó en el rostro de Fred. Sus labios intensamente rojos brillaron en la penumbra. Y Fred supo claramente que ahora ya no le importaba morir.

—Es muy extraño lo que me ocurre. Yo también tengo la sensación de que jamás me había escuchado a mí misma. De que

esa voz interior que a todos nos habla alguna vez, jamás había existido para mí. Y es triste darse cuenta, a los veintiún años, de que una no ha vivido, de que ha estado perdiendo el tiempo sin darse cuenta de lo que es la existencia.

—No debe lamentarlo, Eleonora —musitó él—. Se ha dado usted cuenta a los veintiún años. Es tan joven que casi da risa pensar que haya podido estar usted perdiendo el tiempo. De ahora en adelante, vivirá usted más auténticamente, dejará de prestar atención a las fiestas y eso es todo. Le queda aún una montaña de años para vivir.

Eleonora apretó los labios.

—Sí, pero ahora será distinto.

Ya estaba dicho aquello. La mujer supo que con aquellas palabras había hablado mucho más de lo que nunca debió hablar. También lo comprendió así Fred Topeka. Entre los dos quedó flotando aquella frase que en sí no significaba nada, pero que habían entendido como se entiende una caricia, un beso o una mirada. Fred comprendió que todo aquello era como una gigantesca locura, como un sueño del que bruscamente tendrían que despertar los dos, sobre todo él, y moviendo la cabeza como para evadirse a la sugestión obsesionante que sobre él ejercía la muchacha, dijo:

—Hablemos de cosas prácticas. ¿A qué ha venido aquí, Eleonora? ¿A despedirse de mí?

Ella miró disimuladamente hacia un lado. El guardián estaba junto a la puerta exterior y la contemplaba con una sonrisa entre insolente y socarrona. Sin duda estaba muy al tanto de lo que se iba a organizar allí dentro de poco y debía pensar que sería muchísimo más divertido con la presencia de la muchacha. De un modo u otro no podía oír lo que ella decía, y por eso Eleonora susurró:

—Quiero intentar salvarle.

—¿Está loca? —Fred procuró mantener una expresión impasible, para que no se notase nada raro—. ¿Se da cuenta del lío gigantesco en que se mete? Márchese de aquí.

—Lo haré, pero antes le dejaré lo que traigo. Tengo un revólver escondido en el escote, sujeto por el corpiño. Si usted introduce muy disimuladamente la mano encontrará con facilidad la culata.

Fred se mordió los labios, mirándola perplejo. Aquella muchacha no sólo se lo jugaba todo por salvarle, sino que dábale una prueba de confianza y fe que pocas mujeres hubiesen dado a un

tipo como él, considerado uno de los más famosos pistoleros de Kansas. Lo que Eleonora Van Locker, la orgullosa y altiva dama de Nueva York hacía por él, era algo tan importante que se resistía a creerlo. Parpadeó.

—Le he dicho que se vaya de aquí.

—Antes debe buscar el revólver.

La muchacha se arrimó un poco más a la reja. Respiraba entrecortadamente y Fred veía palpitar su escote con una obsesionante irregularidad. Captaba el perfume de su piel y recibía su aliento ardoroso en la boca.

—Fred —susurró ella.

Era una invitación. Una invitación que hizo temblar espasmódicamente los dedos del hombre.

Rozó la piel de la muchacha, sintiendo como una descarga. No tenía necesidad de ningún contacto indecoroso puesto que la culata del revólver tenía que estar junto al vestido. Bastaría un leve roce, un leve tirón y ya estaba. Pero su sorpresa subió al punto al darse cuenta de que allí no había rastro de ningún revólver. Claro que ignoraba lo que había sucedido poco antes entre Eleonora y Mike Raniero. Pero aun de haberlo sabido, no habría sido mayor su asombro. ¿Qué pretendía ella? ¿Qué buscaba con aquella especie de locura? La miró y vio que ella, intensamente ruborizada, tenía los ojos clavados en él. Fred comprendió que a partir de aquel momento cualquier movimiento que hiciese con la mano sería ya indecoroso, y por eso fue a retirarla. Pero antes de que pudiera hacerlo, la muchacha chilló:

—¡Cobarde! ¡Granuja! ¡Atreverse a hacerme esto a mí, a una Van Locker! ¡Yo te enseñaré! ¡Yo le haré aprender cómo se trata a una dama!

Su mano derecha fue directa al rostro de Fred Topeka, propinándole un seco bofetón. El joven, de puro asombrado que estaba, fue incapaz de reaccionar y ni siquiera supo retirarse a tiempo. El guardián, que estaba junto a la puerta exterior, comprendió que aquélla era la ocasión para hacerse el guapo delante de una dama tan sugestiva como Eleonora Van Locker, y saltó hacia la celda con la velocidad de un tigre.

—¡Ya te daré yo a ti, canalla!

Propinó un puñetazo a Fred, pasando la mano por entre las

rejas. Y fue ése el momento que Eleonora eligió para hacer dos cosas, La primera retirarse hacia un lado, y la segunda gritar:

—¡Sujétale, Fred! ¡Ya es luyo!

El guardián lanzó una maldición y trató de sacar su revólver, dándose cuenta de que aquello era una trampa. Pero ya Eleonora le había puesto ambas manos sobre la culata, impidiéndole sacar el arma a tiempo. Fred, entretanto, le retorció el brazo con una fuerza y una agilidad increíbles y dejó a su enemigo jadeante y rendido de espaldas a la reja, sujeto de tal modo que hubiera podido romperle el brazo con sólo dar un leve tirón.

Fred deslizo entonces la mano izquierda para empuñar el revólver, ayudado por los movimientos nerviosos de Eleonora.

—Ya ves cómo están las cosas, amigo —elijo, dirigiéndose al guardián—. Un poco de nerviosismo por mi parte y dos balas se te clavarán en la nuca. De modo que mueve la manita izquierda y suelta esas llaves que cuelgan de tu cinto.

—¡Estás loco, Topeka! ¡Sabes que no podrás huir de Lamed!

—¿No, nene?

Hizo un poco más fuerte la presa. El guardián gimió, soltando las llaves, que cayeron al suelo y que Eleonora se apresuró a recoger, poniéndolas en manos de Fred. Éste abrió. Y luego, con el revólver, propinó al guardián un culatazo en la nuca, haciéndolo caer al suelo. Sin decir una palabra y sin perder un segundo, lo ató con su propio cinturón. Luego miró a Eleonora.

—Tu gesto ha revelado una gran valentía y una gran astucia, muchacha, pero no acabo de comprenderlo todo. ¿Por qué me has dicho que tenías un revólver?

—Porque de otro modo no te hubieras atrevido ni a rozarme siquiera. Sé que no hubieses aceptado esa farsa. Además, es cierto que tenía un revólver hace unos minutos. Pero he tropezado con Mike Raniero…

Le explicó en breves palabras lo que había sucedido en la calle. Una mortal palidez cubrió entonces el semblante de Fred Topeka.

—¿Por consiguiente, sabe que llevabas un revólver? ¿Lo ha visto?

—No sólo lo ha visto, sino que va te he dicho que ahora lo tiene en su poder.

—En tal caso —murmuró Fred—, hay que suponer que ha

tomado sus medidas. Y cuando Mike Raniero toma sus medidas, ya se sabe que hay que pronunciar una palabra: muerte.

En aquel momento, como si los hechos quisieran darle la razón, se oyeron pisadas de varios hombres que se aproximaban a la puerta exterior.

CAPÍTULO X

EL PLAN DEL DOCTOR FIGER

Eleonora estaba tan pálida como una muerta. Se adivinaba que jamás había vivido una situación así. Fred Topeka trató de reanimarla con una sonrisa en la que ella supo leer el temperamento de un hombre a quien nada impresionaba ya y para quien la muerte era un juego en el que, al fin y al cabo, sólo se podía perder una vez.

—Son los hombres de Raniero, sin duda. Pégate a un lado de la puerta.

La muchacha obedeció, temblando, Fred vio a través de los sucios cristales de la ventana, que los que se acercaban eran nueve y llevaban antorchas encendidas. No les importaba llamar la atención, pues aquello era un linchamiento «en regla».

Figer seguía hablando con *madame* Pipper, o mejor dicho, fingiendo que hablaba, pues toda su atención estaba puesta en las piernas de las bailarinas de
can-can
. Pero pese a estar tan absorto, no dejó de darse cuenta de que un grupo se aproximaba a la cárcel con intenciones agresivas.

De acuerdo con lo establecido, él tenía que haber estado ya en la cárcel desde unos minutos antes, pero se dio cuenta de que aquel retraso favorecía en cierto modo sus planes. Porque con el tumulto ya organizado, le sería mucho más fácil conseguir lo que particularmente se proponía.

Esperó a que los nueve hombres estuviesen frente a la puerta. Y entonces se decidió a cruzar la calle, tras despedirse de *madame*

Pipper.

—Ya continuaremos esta interesante conversación en otro momento, señora. Me reclaman asuntos urgentes. Beso a usted los pies.

Entre los asaltantes no iba Mike Raniero, pues prefería mantenerse al margen de aquello para evitar murmuraciones. Pero estaba la totalidad de sus hombres. Uno de ellos, con el revólver desenfundado, abrió la puerta de un puntapié.

—¡Muerte para el preso! —gritó, a fin de dar a todo aquello la apariencia de un tumulto popular—. ¡Muerte para el asesino!

La voz quedó agarrotada en su garganta. Sintió como un calambre le recorría la espina dorsal al ver a Fred Topeka de pie ante él y apuntándole con un revólver. Y sobre todo al oír cómo su voz helada, sardónica decía:

—¿Para qué asesino pides la muerte, amigo? ¿Para tu jefe?

Eran nueve hombres los que estaban frente a la puerta, y Fred era uno solo. Este pensamiento pasó como un relámpago por las mentes de los sitiadores, infundiéndoles confianza después de la brutal sorpresa. El que había gritado lanzó una maldición y arrojó su antorcha hacia adelante, mientras trataba de disparar. Pero la bala no llegó a saltar de su recámara.

Fred Topeka había movido el dedo dos veces, con aquella alucinante rapidez que lo había hecho famoso en el norte de Kansas. El de la antorcha cayó, con el cráneo atravesado, mientras el que estaba junto a él, recibía plomo en la parte izquierda del pecho, muy cerca del corazón. Inmediatamente se produjo en la calle un espantoso tumulto, y los siete hombres que quedaban con vida se alejaron de aquel espacio mortífero que para ellos significaba la puerta.

Fred Topeka había vivido algunas situaciones similares a aquélla, sabía lo que tenía que hacer. Si daba tiempo a los agresores para que organizasen el cerco, podía considerarse perdido. Era urgente salir de allí, por suicida que pareciese, antes de que sus enemigos reaccionaran.

Tomó a Eleonora de la mano y susurró:

—Sal detrás de mí. Trata de correr hasta los porches fronteros y ponte a salvo.

Antes de que ella pudiera contestar, ya la había sacado de su

refugio. Salió primero él, dando un fantástico salto hasta el centro del porche y disparando en todas direcciones las cuatro balas que le quedaban en el tambor. Cogió a sus enemigos en el momento en que éstos corrían para buscar buenos refugios, y derribó a uno de ellos de un balazo en la cadera. La muchacha salió tras él, temblando, y Fred la protegió con su cuerpo.

—¡Corre! ¡Por Dios! ¡Corre!

Eleonora no necesitaba que se lo aconsejasen. Con su agilidad de gacela llegó a los porches fronteros antes de que los asaltantes reaccionasen, y allí se encontró de manos a boca con el doctor Figer.

—Vamos, Eleonora, no hay tiempo que perder.

—Pero, Fred.

—Deja a ese tipo. Bastante has hecho por él.

La tomó del brazo y echó a correr, empujándola. Eleonora se volvió a tiempo de ver que Fred Topeka, aun sin balas en su revólver, sabía el modo de defenderse. Había recogido dos antorchas pertenecientes a los muertos, arrojándolas contra los atacantes más cercanos. Y en seguida, aprovechando el instante de desconcierto de éstos, se había encaramado de un sallo al tejado del edificio, sin duda con ánimo de salir por el otro lado. Un verdadero huracán de plomo siguió ahora cada uno de sus movimientos.

—¡Corre! ¡Si nos alcanzan nos matarán!

Figer estaba dominado por una lógica impaciencia, pero en lugar de dirigirse hacia la salida norte del poblado, se dirigía hacia la salida sur. La muchacha se lo hizo notar inmediatamente.

—No, no es que me equivoque. Pero como supongo que no tendremos tiempo de llegar hasta los caballos, prefiero apoderarme de ese carruaje que hay detenido ahí.

Se refería a un tílburi tirado por una hermosa jaca, y cuyo propietario debía estar bebiendo en el *saloon*. Figer hizo subir a Eleonora, subió él también de un salto y arrancó como alma que lleva el diablo.

Pero alguien más estaba atento a sus movimientos y ese alguien era *madame* Pipper. Al ver que el hombre amado huía con otra mujer, aunque esa mujer fuese su prometida, sintió dentro del corazón una cosa que no había sentido nunca, y montando en cólera blandió su paraguas para dirigirse a otro de los carruajes.

Había varios en aquel lugar. Montó en el que le pareció más rápido y salió volando en persecución de Figer.

Fred Topeka, entretanto, saltaba de un lado a otro del tejado, tratando de llegar a la parte posterior del edificio. Uno de sus enemigos advirtió la maniobra y corrió para rodearlo.

Hizo fuego cuando Fred saltaba al suelo desde la parte trasera del tejado, y la bala rozó el pecho del joven produciéndole una especie de calambre. Cayeron los dos abrazados, lanzando sordas maldiciones, y Fred fue el primero en incorporarse. Sin molestarse en privar del revólver a su enemigo, movió el brazo derecho en un cruzado alucinante, y un sordo chasquido de huesos fue el ruido delator de que el golpe había sido certero. El hombre cavó hacia atrás, con los brazos en cruz y sin fuerzas para mover un solo dedo. Fred Topeka le arrebató su arma justo en el momento en que un nuevo enemigo aparecía por el recodo del edificio.

Las dos detonaciones partieron simultáneas, pero Fred disparó desde el suelo, mejor protegido que su adversario. Éste recibió la bala en el centro del tronco, cayendo hacia adelante con un brusco gemido.

Y luego, Fred Topeka echó a correr. Corría mucho, y en sus tiempos de niño le habían llamado el Gamo, pero quizá nunca había movido las piernas con tan frenética rapidez como esta noche.

* * *

Heliotropo Mamerto Figer sabía que en las poblaciones como Lamed, levantadas en dos días y que probablemente se hundirían en dos horas, había casas ruinosas que ya no habitaba nadie, por la sencilla razón de que su dueño la abandonó para trasladarse a otra mejor, se marchó a otras tierras o, más simplemente, porque le pegaron un tiro. Y Figer estaba buscando precisamente una de esas casas.

La encontró tras media hora de galope. Era una cabaña de troncos con el techo hundido en varios lugares, pero serviría para su propósito.

—Vamos a detenernos aquí.

—¿Aquí? ¿Por qué?

—Nos conviene. Es un buen sitio para evaporarse, si es que alguien nos persigue.

Eleonora respiró el quieto aire de la noche. Sus nervios vibraban aún.

—Está bien. Vamos.

Descendieron. A la luz de la luna, Figer buscó alguna lámpara que contuviese restos de petróleo, encontrándola sobre una desvencijada mesa. Con mano trémula, la encendió, Se veía que estaba increíblemente nervioso.

—¿Por qué enciendes luz? ¿No es ése un modo demasiado claro de señalar nuestro rastro?

—Es que, la verdad, si hay testigos de esto muchísimo mejor, Eleonora.

—¿Testigos? ¿Para qué?

Figer tragó saliva, intentado decidirse.

—Tú vas a pasar conmigo aquí toda la noche.

—¿Cómo? ¿Estás loco?

Las gafas del médico temblaban de excitación sobre su ridícula nariz. Sus dedos largos y huesudos tamborileaban en el aire.

—Todo esto forma parte de un plan que he ideado al salir del hotel para dirigirme a vigilar la cárcel. Pensaba pedirle a Topeka que te dejase huir conmigo, ya que así corrías menos peligros, pero el azar ha querido que tú misma vinieras a mis brazos.

Eleonora se estremeció. Vio aquella soledad, palpó aquel silencio, y algo muy recóndito le dijo que se pusiese alerta. Acercó sus uñas largas y finas al rostro del doctor Figer.

—Tú tócame —susurró en voz baja, con un gesto de implacable decisión—. Tú ponme un dedo encima y te juro que te arrancaré los ojos.

—No pienso tocarte, Eleonora. Mi plan no es tan miserable como supones.

—Entonces, ¿qué pretendes? ¿Qué maldita idea ha pasado por tu cabeza de ratón?

—Pretendo que todos sepan que hemos pasado una noche juntos. Si reparas en ello, las apariencias son acusadoras para ti, principalmente ante tu familia. En lugar de dirigirte al lugar donde tu abuelo aguardaba con los caballos, has preferido venir conmigo, nos hemos detenido en esta casa y hemos pasado la noche juntos. No te tocaré un pelo, pero es completamente seguro que mañana habrás accedido a casarte conmigo.

El plan de aquel hombre apareció entonces con toda claridad ante los ojos de Eleonora Van Locker. Y se dio cuenta de que, efectivamente, pese a haber sido tramado sobre la marcha, estaba todo bien calculado, teniendo ella muy poca cosa que hacer si no empleaba la violencia para salir de allí. Pero, aunque Heliotropo Mamerto era una birria de hombre, ella, al fin, no era más que una mujer, y si después de aquello se presentaba en público con los vestidos o los cabellos desordenados, aún sería muchísimo peor.

—Tu plan no es miserable, Figer, sino algo muchísimo peor. Es mezquino. Es el producto inevitable de un alma pequeña y rastrera que ni siquiera tiene capacidad para crear un auténtico mal. Yo no sé si esperas que me rinda a las apariencias y a las murmuraciones, pero sí puedo asegurarte que no lo haré. ¡Y aunque todo el mundo me señale con el dedo, te juro que no me casaré contigo! ¡Ahora menos que nunca!

La voz de la muchacha denotaba una inflexible decisión. Figer, con calma, pues había que dejar que las cosas siguieron su curso, encendió un cigarro.

—Lo que tú quieras.

La muchacha se arrojó sobre él, ciega de ira, y el hombre trató de apartarla. Lo hizo con cierta violencia, pues tenía miedo. Y en ese momento se abrió la puerta y el cuerpo de un verdadero gigante apareció en el umbral.

¡Fred Topeka!

Vio claramente que Figer zarandeaba a Eleonora y se dirigió hacia él. De un solo manotazo lo apartó, y de un solo gancho lo envió hecho un guiñapo contra la pared frontera.

—¿Qué hacía este tipo? ¿Ha querido aprovecharse de la situación?

—No —dijo Eleonora, con desprecio—. Ha intentado algo tan cobarde como eso, pero mucho más seguro: obligarme a pasar aquí una noche y dejar que las murmuraciones corrieran, para que yo no tuviese más remedio que acceder a casarme con él.

Fred apretó los labios y fue en busca de Figer, que estaba acurrucado en un rincón. Pero el médico, gimiendo, lloriqueando, se le abrazó a las piernas.

—¡No me pegue! ¡Sé que soy un miserable, un gusano, pero no me maltrate! ¡Tenga piedad dé mí! ¡No soy más que un pobre

hombre!

Fred, que ya había levantado el puño, lo dejó caer blandamente, sin tocar a Figer.

—Bueno, ¿y qué hago yo con un tipo así? ¿Matarlo?

—Es lo que merecía —masculló Eleonora—, pero no vale la pena.

—Lo mismo pienso yo —sonrió Fred—. Verás, si le pego se me queda tieso entre las manos. ¿Y quién busca a un médico luego?

—Déjalo —indicó Eleonora—. Déjalo.

Fred se apartó un poco. Pero Figer tenía tanto miedo y se veía aún tan a merced de aquel tipo, que siguió arrastrándose para abrazarse otra vez a sus rodillas.

—¡Soy un pobre hombre! ¡Soy un pobre hombre!

—¡Diablos, más pobre soy yo, que no tengo ni siquiera espuelas! Pero levántese de una vez y deje de lloriquear por el suelo.

—¿De veras no va a matarme? ¿De veras no…?

No podía terminar. Ni hubiese podido tampoco aun de tener más serenidad, porque en ese momento se abrió de golpe la puerta y *madame* Pipper apareció en el umbral.

—Lo sé todo —dijo misteriosamente.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir «todo»? ¿Y qué hace usted aquí?

—He venido siguiendo a estos dos en un tílburi robado, como el suyo. Lo he dejado cerca de aquí, avanzando luego a pie y en silencio. Desde esa ventana sin cristales lo he visto todo y lo he oído todo. Y ahora, querido amigo Figer, ha llegado el momento de que le diga que yo le perdono. Y puesto que un hombre débil como usted necesita una mujer fuerte como yo para que le proteja, y como si yo digo lo que sé será usted encarcelado, y como ya es hora de que me case.

Heliotropo Mamerto Figer se puso de rodillas a los pies de Fred.

—¡No, eso no! ¡Máteme! ¡Desfigúreme a golpes! ¡Cuélgueme de un árbol! ¡Pero no deje que esta mujer haga eso! ¡Nooo!

Fred, mirando a Eleonora significativamente, se encogió de hombros.

—Amigo, en los asuntos del corazón uno no tiene que meterse. Le deseo que sea muy feliz.

Salió con Eleonora de la cabaña, mientras *madame* Pipper se abalanzaba jubilosamente para levantar a Figer. Y éste, con voz,

desmayada y lánguida, murmuró:

—Castigo del cielo. Lo menos que podía pasarme era esto…

Capítulo XI

UN Loco EN LA Ciudad

Mike Raniero golpeó la mesa con ambas manos, a pesar de la herida. La rabia crispaba sus facciones y le daba expresión de fiera hambrienta. Parecía como si de un momento a otro fuera a saltar encima de sus hombres, quienes le miraban inquietos desde el otro lado de la mesa.

—¡No es posible! ¡Este hombre no ha podido escapar!

—Saltó desde el tejado, jefe. Parecía un caballo salvaje. Nunca he visto a nadie que se moviera con tanta rapidez.

—¡A vosotros, que sois unas malditas tortugas, cualquier hombre os parece rápido! ¿Sabéis, al menos, por dónde escapó?

—En dirección sur. Robó un caballo en el *saloon* frontero a la cárcel y salió disparado con él. Cuando empezamos a perseguirlo, ya se había perdido su rastro, pues era de noche y él debió galopar por la orilla del río.

—Muy listo. Hasta un niño lo sería peleando contra inútiles como vosotros. Pero tengo que olvidarme ahora de lamentaciones que a nada conducen, y en espera del momento de ajustaros las cuentas, trazaré un nuevo plan. ¿Dónde está ahora ese hombre? ¿Muy lejos de aquí? Si es listo no habrá parado hasta salir de Kansas.

—Se equivoca, jefe. Ese hombre está aquí, en la ciudad.

Mike Raniero sintió cómo se le atragantaba la saliva.

—¿Queeeeeé?

—Sí, está aquí. No sabemos si se ha vuelto loco o se ha emborrachado, pero lo cierto es que se encuentra en la ciudad.

Regresó junto con esa especie de diosa llamada Eleonora Van Locker.

Los ojos de Mike se entrecerraron. No había dejado de pensar en Eleonora Van Locker desde el momento en que la vio. Y constantemente, de día y de noche, se estaba repitiendo que aquella mujer era lo más delicioso que había visto en su vida. Puesto que él era un verdadero rey en la ciudad y Eleonora estaba en lo que podía llamar sus dominios, ¿por qué no aspirar a conseguir de la muchacha lo que le viniese en gana?

Eleonora no sería, en todo caso, la primera mujer que sucumbía en los brazos de Mike. Su vida estaba llena del recuerdo de mujeres hermosas, y todas habían tenido un mal fin. Pero ésta iba a ser la víctima más deliciosa y la más apetecible.

Uno de sus hombres notó que su expresión acababa de cambiar.

—¿Qué le ocurre, jefe?

—Hay que matar a ese hombre, a ese maldito Fred Topeka. Y hay que raptar a la chica.

—¿A quién? ¿A Eleonora Van Locker?

—¡Claro! ¡No va a ser a su abuela ni a su madre!

El que había hablado se frotó la mandíbula.

—Está bien, hay que raptarla. Pero ¿cómo? Para hacerlo tendríamos que organizar una verdadera batalla en Lamed, una batalla que luego no podríamos justificar. Y usted, jefe, siempre ha procurado dejarse en todas sus actuaciones una salida legal, por si acaso.

Aquello era cierto. Mike debía su actual posición a su mano dura, su falta de escrúpulos y su inteligencia. Era evidente que en aquella tierra no había ley, pero de vez en vez venía alguien y pedía cuentas a la gente. Ese «alguien» podía ser el gobernador, un agente federal o un miserable periodista como el que fue eliminado en «duelo legal» poco antes. Pero a Mike Raniero jamás había sido posible probarle nada, gracias a la doble intención de todos sus procedimientos. Y por mucho que Eleonora le gustase, tendría que seguir con el mismo sistema o se arrepentiría algún día.

—Habría que pensar algo —murmuró.

—Creo que yo tengo una idea, jefe —dijo uno de sus hombres.

—¿Una idea? ¿Tú? ¿Y qué es?

—Deberíamos ponernos al habla con ese medicucho. Con ese

tipo que se llama Heliotropo Mamerto no sé cuánto.

—¿Por qué? ¿No es algo así como el novio oficial de Eleonora?

—De eso quería hablarle. Puede ser su novio, pero lo cierto es que no llegaron juntos a la ciudad. Y hace poco los he visto volver e iban más separados que el verano y la nieve. El que iba más cerca de la chica era ese maldito Fred Topeka.

—Bueno, puede que el medicucho y ella estén disgustados. Pero ¿qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando?

—Me da la impresión de que es mucho más que un disgusto. La chica no puede tragar a Heliotropo. ¿Y quién me dice a mí que éste, resentido, no nos ayuda en lo del rapto?

Mike contempló fijamente a su subordinado. Reconocía que aquella posibilidad existía, y de poderse hacer algo en tal sentido, él aparecería con las manos limpias si alguna vez se iniciaba una investigación. Definitivamente, ponerse al habla con aquel sujeto tal vez no fuese una mala idea.

—Tú te encargarás de eso —ordenó al mismo que le había dado aquella opinión—. Habla esta misma noche al medicucho y ofrécele la cabeza de Fred si él nos entrega a la chica. Medios y ocasiones no han de faltarle para ello.

El pistolero dijo que sí, que cumpliría el encargo.

Y así fue como aquella noche alguien habló de negocios con Heliotropo Mamerto Figer.

Usaba una camisa larga hasta los pies y un gorro de dormir encarnado, cosas que Eleonora no sospechaba siquiera. De saberlo, aún hubiese sentido mucha más aversión a la idea de casarse con él. Pues bien, acababa de encasquetarse el gorro y se disponía a introducirse entre las sábanas, cuando alguien abrió de repente la puerta de su habitación.

Figer se quedó como quien ve visiones. Un tipo alto, moreno, que llevaba un revólver en la diestra, penetró en la pieza y se plantó ante él.

—¿Qué… qué desea? ¿Quién es usted, caballero?

—Soy un amigo suyo. A condición de que no haga usted ninguna tontería.

—¿Y cómo ha logrado entrar aquí?

—¡Hum! Tal vez usted ignore esto, pero el hotel donde nos encontramos pertenece a mi jefe, al igual que casi todos los

establecimientos públicos de Lamed. Naturalmente, obtener una llave duplicada de esta habitación ha sido lo más fácil del mundo.

—Bien, pero repito: ¿Quién es usted, caballero? ¿Y qué justifica el… llamémosle honor, de su visita?

—Soy uno de los hombres de Mike Raniero. —Guardó el revólver, al ver el espanto reflejado en las facciones de Figer, y se sentó en la cama—. Vamos a entendernos en seguida. ¿Es usted el prometido de Eleonora Van Locker?

—Lo era. Es decir, su familia aún vería con buenos ojos un enlace entre nosotros, pero ella, no.

—¿Es exigente y orgullosa la niña, eh? ¿Qué daría usted por vengarse de su orgullo y al mismo tiempo ver muerto a Fred Topeka?

Brillaron los ojillos de Figer, detrás de las gatas.

—Cualquier cosa —replicó, sin cavilar.

—En tal caso, yo puedo ofrecerle la oportunidad que usted anhela. Mi jefe le entregará el cadáver de Fred Topeka, le ofrecerá su amistad y su ayuda y aun algunas otras ventajas, si usted le entrega a Eleonora Van Locker.

—¿Y para qué quiere él a Eleonora? —preguntó Figer, sobresaltado.

El pistolero resolvió ser expeditivo y brutal.

—¿Para qué quiere un hombre como Mike a una mujer como Eleonora? Dígame, ¿sabía resolver la adivinanza?

Creyó que el médico se asustaría y que opondría alguna resistencia, pero se sorprendió al ver que aquel hombre odiaba tanto a Fred Topeka y se sentía tan humillado ante Eleonora, que era ya capaz de cualquier cosa.

—Lo haré. Esa niña necesita una buena lección. Y en cuanto a él…

—De él nos ocuparemos nosotros. Y esta vez nuestros procedimientos no van a fallar.

—De acuerdo —dijo Figer, con una repentina decisión—. Completamente de acuerdo. ¿Cuándo quieren a la muchacha?

—Lo antes posible, partiendo de la base de que puedo proporcionarle en seguida los duplicados de las llaves de todas las habitaciones del hotel. ¿Qué procedimiento piensa emplear para «convencerla»?

—No la convenceré de ningún modo. La ciencia —y señaló pomposamente su cabeza— posee ahora medios para neutralizar la voluntad de las personas, como son los soporíferos y los anestésicos. Yo tengo una buena cantidad de ellos en mi maletín. Y los emplearé esta misma noche.

—¿Esta misma noche?

—En el Este somos gente muy dinámica, caballero. Dígale a Mike Raniero que dentro de una hora podrá recoger el cuerpo de Eleonora Van Locker.

El pistolero estaba asombrado ante el buen éxito de su misión. Y más aún lo estaba ante el desparpajo y la desvergüenza del médico.

—Muy bien, así se lo diré. Pero ¿dónde va a recogerlo?

Figer sonrió.

—Eleonora traía dos grandes baúles, los dos con objetos personales y con ropa. Entiendo que para que Mike Raniero quede mejor cubierto ante la opinión pública, debe darse la impresión de que Eleonora Van Locker ha huido. Para ello es preciso que con su cuerpo desaparezca también su ropa, o al menos una parte considerable de la misma.

—¡Está usted en todo! —aprobó el pistolero, dándole un alegre golpe en la rodilla—. ¡Si Raniero le oye, le nombra su lugarteniente!

Figer no se inmutó.

—Emplearemos los dos baúles de una forma sabía y consecuente. Yo penetraré dentro de poco en el dormitorio de Eleonora, la adormeceré por medio de un soporífero, la ataré y amordazaré y depositaré su cuerpo en el baúl rojo. ¿Bien entendido, eh? En el baúl rojo. Éste se lo llevan ustedes adonde les venga en gana. Sus ropas estarán colocadas en el baúl marrón, el cual llevarán sin pérdida de tiempo a una cabaña abandonada que hay hacia la salida sur de la ciudad, siguiendo la orilla del río. Yo haré desaparecer esas ropas de modo que no resulte ningún compromiso para Mike. Y si la niña se pone tonta, tiene las espaldas cubiertas para matarla si lo desea. Déjeme ahora todas las llaves del hotel, para no andar con líos, y recuerde lo del baúl marrón y lo del baúl rojo. Si se confunden, lo echan todo a rodar.

El pistolero estaba entusiasmado. Nunca hubiera supuesto tantas facilidades. Aquello iba a servirle por lo menos para ser convertido en el lugarteniente de Mike.

—Tenga las llaves. Están aquí las de todas las habitaciones del hotel. No se puede confundir porque tienen grabado el número.

—Los que no deben confundirse son ustedes, o lo echarán todo a rodar. Buenas noches. Y vuelvan a la habitación de Eleonora dentro de treinta minutos. Antes pasen por aquí, donde les esperaré con las llaves y les diré si todo ha ido bien.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Es usted un hacha, Heliotropo! ¡Hasta dentro de media hora!

Y salió volando de allí, ansioso de comunicar las buenas noticias a Mike. Pero otra cara habría puesto de ver cómo Figer sonreía con malicia y se daba dos golpecitos en la frente.

¿Conque Eleonora, eh? ¡Valiente negocio habían hecho! ¡Pretender aprovecharse de él, el hombre más astuto de Kansas!

CAPÍTULO XII

DE PILLO A PILLO

Heliotropo Mamerto Figer iba a dormir poco aquella noche. Veamos lo que hizo.

Fred Topeka no tenía sueño, pues le daba vergüenza estar en un hotel que sin duda pagaría el abuelo de Eleonora, y por eso iba a dormir poco aquella noche. Veamos también lo que hizo.

Figer se vistió, eligió entre las llaves la correspondiente a la habitación de Eleonora y se dirigió cautelosamente hacia allí. Previamente había dispuesto en algodón una buena dosis de cloroformo, suficiente para dormir a un caballo. Abrió poco a poco sin hacer el menor ruido, y entró. Eleonora estaba durmiendo.

Una sonrisa maligna se marcó en los labios de Figer al pensar en lo que sucedería dentro de poco. ¡Estaba listo Mike Raniero si creía que Eleonora era bocado digno de un asno como él!

Procurando no mirarla, pues la belleza de la muchacha era como para desmayar a cualquiera, y a él le convenía estar sereno, acercó poco el algodón impregnado a su nariz y boca. Eleonora respiro y sin darse cuenta pasó de un sueño natural a otro del que no iba a despertar en algún tiempo.

Figer la destapó, hizo con las sábanas un cordón y ató a la joven por muñecas y tobillos, de forma que estuviese completamente indefensa. Luego la amordazó, poniendo también en el pañuelo, para mayor seguridad unas gotas de soporífero.

Hecho esto, con una rapidez y una habilidad de las que no le hubiera creído capaz nadie, abrió… ¡el baúl marrón! Y en él introdujo el cuerpo de Eleonora cerrándolo luego herméticamente.

No había peligro que la muchacha pereciese asfixiada porque el baúl era grande, y porque vendrían a recogerla antes de media hora.

Luego abrió el baúl rojo, vaciándolo de ropa que ocultó debajo de la cama y salió de la habitación teniendo buen cuidado de dejarla cerrada, para encaminarse con el mayor sigilo a la de *madame* Pipper esto consistía la segunda parte de su plan.

Pudo entrar sin ninguna dificultad en la pieza *madame* Pipper estaba durmiendo el sueño de los justos. La gran dama se había puesto para descansar un ridículo gorro lleno de florecidas pintadas. Figer con una sonrisa maligna, le puso cerca de la nariz un nuevo pedazo de algodón impregnado de cloroformo y espero.

Los ronquidos de *madame* Pipper no tardaron en más profundos y regulares que antes. Figer la ató de pies y manos, la sacó del lecho, envuelta en su largo camisón y la arrastró hasta la habitación donde se encontraban los baúles. Luego salió de nuevo, esta vez para dirigirse al dormitorio de la madre de Eleonora.

Figer se divertía con sólo pensar en su plan. La sorpresa que iban a llevarse Mike Raniero y sus gorilas, sería de lo más estruendoso.

Como ellos ocupaban una zona bastante retirada del hotel no era posible que nadie le viese, pero aun así, Figer extremó las precauciones. De todos modos, no recordó una cosa: en una habitación cercana a la suya y que normalmente estaba desocupada, dormía aquella noche Fred Topeka.

Fred, como ya se ha dicho, no podía dormir. El pensamiento de que estaba sobre una cama que no podía pagar, le consternaba. Y mientras estaba sumido en toda clase de amargas meditaciones, creyó escuchar ruidos en el pasillo. Como ni siquiera se había desnudado, se levantó entreabrió un poco la puerta y vio a Figer que sacaba a rastras, penosamente, a la madre de Eleonora atada de pies y manos.

En lo primero que se le habría ocurrido pensar a cualquiera al ver aquello es en un asesino. Pero por el momento, desde luego, la honorable señora gozaba de muy buena salud, porque sus ronquidos debían oírse hasta en la frontera.

Heliotropo Mamerto introdujo a *madame* Pipper y la madre de Eleonora en el mismo baúl —el rojo, que era el más grande— y luego lo cerró frotándose las manos satisfecho. El rojo era el baúl

que debían venir a buscar los hombres de Raniero, y en él se llevarían a las dos vetustas damas en lugar de llevarse a Eleonora. A ésta, en cambio, se la llevaría él metida en el baúl marrón. Y una vez solos en la cabaña que ya conocían y ante la perspectiva de tener que regresar al poblado en camisa de dormir si él no la ayudaba, Leonora no tendría más remedio que prometer solemnemente casarse con él. ¡Éste sí que era un plan que no podía fallarle!

Hecho todo esto, buscó las llaves de los baúles y las puso en las respectivas cerraduras. Sin más, salió a la puerta del hotel para avisar a alguno de los hombres de Mike, que sin duda andarían cerca para que viniesen a recoger los baúles. Cuanto antes lo hicieran, mucho mejor.

Apenas había desaparecido él del corredor, cuando la puerta de la habitación se abrió sigilosamente, y en el hueco apareció Fred Topeka. Vio los dos baúles, penetró ágilmente y se rascó la nuca.

—¡Diablo! —rezongó.

Abrió uno de ellos y vio a Eleonora dormida bajo los efectos del cloroformo y atada de pies y manos.

—¡Cáspita!

Abrió el otro baúl y vio a las dos opulentas damas.

—¡Diantre!

Fue en seguida hacia la ventana, por la que miró con el mayor disimulo. Pudo ver a Figer hablando misteriosamente con un tipo en quien reconoció a uno de los pistoleros de Mike Raniero. Y entonces la luz se hizo instantáneamente en el cerebro de Fred.

Aun sin poder precisar los detalles, barruntó algo del plan de Figer. Y sin perder un solo minuto, sacó a Eleonora del baúl marrón y la depositó bajo la cama, junto a las ropas. Luego llenó el baúl marrón con el cuerpo de *madame* Pipper, los cerró los dos y se ocultó tras el alto respaldo de una de las butacas, porque ya Figer y cuatro hombres entraban en la habitación.

—¿Son ésos los dos baúles?

—Sí. Llévense el rojo, el cual tiene la llave en la cerradura. El marrón me lo llevarán a la cabaña ya indicada, pero la llave me la quedo yo.

—De acuerdo.

Los cuatro hombres cargaron con los dos baúles y salieron a

trompicones de la estancia, mientras Figer se frotaba las manos satisfecho. ¡Menuda sorpresa iban a llevarse cuando abrieran el baúl rojo!

—Y ahora…, ¡a la cabaña, a esperar! —dijo en voz alta, mientras salía disparado por la puerta.

Fred Topeka se puso en pie, se rascó la nuca otra vez, enarcando las cejas, y luego recogió amorosamente el cuerpo de Eleonora para depositarlo en el lecho, tapándolo igual que si fuera su hija. Hecho esto, salió él también de la habitación, cerrándola cuidadosamente.

Capítulo XIII

Sorpresas Para Todos

Mike Raniero había bebido ya media botella de ginebra, mientras esperaba impaciente, cuando sus hombres entraron con el baúl.

—¡Vaya! ¿Está ahí Eleonora?

—Si ese maldito Figer ha cumplido su palabra, sí que está, jefe.

Mike aguzó el oído. Sonaban leves ruidos dentro del baúl, como si la persona que estaba dentro hubiese despertado ya y empezado a removerse. Sonrió con superioridad, pensando en la sorpresa que iba a llevarse Eleonora. Seguro que la muchacha no había pensado jamás que pudiera suceder lo que sin duda sucedería en seguida.

—Dejadme solo —murmuró con los ojos brillantes—. Quiero que no haya ningún testigo cuando yo abra el baúl.

Los pistoleros salieron uno tras otro, dirigiéndole miradas de oculta envidia. Mike Raniero se aproximó al baúl y escuchó con delectación los pequeños ruidos que se producían en el interior, y que indicaban sin lugar a dudas, que Eleonora estaba tratando inútilmente de librarse de las ligaduras que la sujetaban. Puso los labios en forma de piñón y susurró:

—No te inquietes, nena, cariño. Yo te desataré.

Un sordo rumor dentro del baúl fue la respuesta.

—¿Estás inquieta, preciosa? No temas. Pronto vas a llevarte una sorpresita…

Pero el que se llevó la «sorpresita» fue él.

La madre de Eleonora, que era la que estaba dentro del baúl, había logrado ya liberarse de las ligaduras preparadas por la mano poco experta de Figer. Y con las diez uñas a punto, sólo esperaba

que alguien levantase la tapa para lanzarse sobre él. Mike Raniero fue el afortunado mortal que levantó esa tapa.

—¡Preciosa! —bramó, con gran entusiasmo, antes de mirar lo que había dentro.

—¡Bandido! —exclamó la dama, antes de mirar lo que había fuera.

Diez uñas bien afiladas y potentes fueron en busca del rostro de Mike, donde dejaron diez, rastros de sangre, El pistolero lanzó una sorda exclamación de sorpresa y furor, mientras aquella masa humana se le venía encima. Cayó plano al suelo, mientras la enfurecida dama, cuyo peso no bajaba de los noventa kilos, empezaba a dar saltos sobre él. Mike Raniero creyó por un instante que habían llegado los últimos minutos de su vida. Al fin hizo una pirueta, logró sacudirse la asfixiante presión de la mujer y extrajo un revólver. La culata se aplastó contra la cabeza de la madre de Eleonora, quien cayó hacia atrás lanzando un gemido.

Los pistoleros que estaban escuchando en la habitación contigua no se atrevían a entrar. Tuvo que llamarlos Mike, con la amabilidad que en él era habitual.

—¡Eh, cerdos! ¡Entrad!

Penetraron todos en tropel, creyendo que en el interior se hallaba Eleonora. Pero cuando vieron a aquella gruesa dama hipando en el suelo, estuvieron a punto de caer de espaldas.

—¡Jefe, esto es una estafa!

—¡Nos han engañado como a unos imbéciles!

—Y lo peor es que nos haya engañado un tipo tan ridículo como Figer —murmuró sordamente Mike, con reconcentrado odio—. ¡Pero yo haré que pague esto!

Poco podía imaginar Raniero que Heliotropo Mamerto Figer estaba ya «pagando» en aquellos momentos.

* * *

—¡Cariño! ¡Cariñito! ¿No quieres decir nada al hombre que va a ser tu esposo? ¿No tienes ni una palabra para el hombre que va a ponerte una casita en Nueva York para que vivas como una reina?

Demasiado sabía el granuja que había amordazado a la persona que estaba dentro del baúl. Pero con todas aquellas preguntas, antes de levantar la tapa, se divertía muchísimo y se sentía hombre

importante. ¡Estaba lista Eleonora, si creía que a él se le hacía desistir fácilmente de sus proyectos!

—¿No dices nada, cielín? Espera, que ahora verás a tu cariñito…

Levantó la tapa y la persona que estaba dentro, la cual también se había librado de sus ligaduras, se le abrazó frenéticamente, con un entusiasmo que a Figer se le antojó delicioso. Con los ojos cerrados saboteó su victoria, pues era evidente que por fin acababa de triunfar. Eleonora se había dado cuenta de que él estaba decidido a todo, y se rendía a su amor.

—¡Me has raptado! ¡Me has raptado! ¡Eso indica que tú también me amas! ¡Eso quiere decir que hemos nacido el uno para el otro!

¡Aquella voz! ¡Aquella voz un poco ronca, chillona y de mujer acostumbrada a mandar! ¡Aquella voz que no se parecía en nada a la de Eleonora Van Locker!

Figer abrió los ojos. Y entonces se encontró completamente perdido e indefenso en los brazos de *madame* Pipper.

—¡Oh, pero yo…!

—¡Tú estás enamorado de mí, cariño! ¡Tú sabes que me amas locamente! ¡Debemos casarnos en seguida!

Figer cayó hacia atrás, puso los ojos en blanco y murmuró:

—¡Dios mío!

* * *

Entretanto, los acontecimientos se habían ido precipitando rápidamente. Lo mismo en el hotel donde se alojaban los Van Locker que en la casa donde Mike Raniero tenía instalado su cuartel general del crimen.

En el hotel, pronto Eleonora se despertó con una sensación de angustia y vértigo, viendo que la habitación se encontraba con luz encendida y que todo daba vueltas alrededor suyo. Trabajosamente se sobrepuso a esta sensación, y se dio cuenta entonces de que las ropas del lecho estaban desordenadas y de que faltaban sus dos baúles. Rápidamente, tratando de dominar su angustia, salió para dirigirse a la habitación de su madre. Pero su horror subió de pronto al darse cuenta de que ésta no se encontraba allí. ¡Había desaparecido!

Dio media vuelta, para dirigirse a la habitación de sus abuelos y entonces se encontró de manos a boca con Fred Topeka. Éste se

hallaba negligentemente apoyado en una de las paredes del corredor, y a su lado estaba el abuelo, abrochándose la camisa nerviosamente.

—No te inquietes, muchacha.

Era Fred el que había hablado. Eleonora interrogó mudamente a su abuelo, con la mirada, y éste se encogió de hombros.

—Fred me lo ha explicado todo. Al parecer, Figer estaba en combinación con esos bandidos para organizar un rapto. Fred te salvó a ti, pero dejó que se llevasen a tu madre y a *madame* Pipper: Ahora lamenta haber seguido la broma. Pero yo, la verdad, creo que hubiese hecho lo mismo. Ambas necesitaban una lección.

—¡Abuelo! —clamó Eleonora, con aire recriminatorio, poniéndose intensamente encarnada.

—Me he dado una vuelta por el lugar donde están reunidos Mike y Raniero y sus hombres —dijo Fred, en voz baja—. Tu madre no ha sufrido ningún daño aparente, excepto el susto. En cambio, Mike tiene las huellas de diez uñas marcadas en la cara.

—Y… ¿*Madame* Pipper? —susurró Eleonora.

—Esa apuesto a que se la han llevado a Figer, porque la introduje en el baúl donde estabas tú. No quiero imaginar lo que el pobre doctorcete debe estar pasando ahora. Pero, de un modo u otro, no podemos perder ya más tiempo. La broma ha llegado demasiado lejos. Voy a rescatar a tu madre y a entendérmelas definitivamente con Mike Raniero. De un modo u otro, adiós, muchacha.

Se volvió hacia el fundo del pasillo, alejándose rápidamente. Eleonora, asombrada, lo vio marchar sin un gesto, sin una palabra. Luego se volvió hacia su abuelo, quien pese a lo trágico de la situación parecía verdaderamente divertido, como si sólo en aquellos momentos, después de muchos años de esclavitud, se sintiera libre.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró ella—. ¡No podemos permanecer así!

—Por lo pronto, vístete —contestó, calmosamente, el abuelo—. Y luego, vamos tras ese hombre.

* * *

Cuando Fred llegó sólo a la casa donde Mike se había reunido

con sus pistoleros los encontró a todos alineados en el porche. En total, eran cinco hombres, entre los que se contaba el alguacil que se había vendido a Raniero.

Pero esos cinco hombres no estaban solos en la calle. Frente a ellos había un tipo alto, de blancos cabellos que asomaban bajo un sombrero tejano, y en cuyo chaleco de piel brillaba una estrella. Era el *sheriff* del condado, quien había llegado a aquellas horas a Lamed para ajustar alguna importante cuenta. Fred supo cuál era esa cuenta al oírle decir:

—Vuestras canalladas han llegado ya demasiado lejos, Raniero. Burnett, el periodista a quien asesinasteis, tenía buenos amigos en la capital del condado. Su muerte se ha sabido telegráficamente por medio del capellán del cementerio, y me he puesto en camino sin perder un minuto. La casualidad ha querido que os encontrase levantados y saliendo de esta casa. Vengo a detenerte y a destituir a ese granuja a quien tengo aquí por representante. ¡Arriba las manos, Mike!

Nadie se había dado cuenta de que Fred Topeka estaba allí. Mike Raniero sonrió desdeñosamente, viendo que el que le amenazaba era un hombre solo.

—No crea que su estrella me infunde demasiado respeto, *sheriff*. No hay nada absolutamente en este mundo ante lo que yo me doblegue. De modo que, si quiere conservar la vida, vuelva grupas y lárguese de aquí.

El *sheriff* arqueó un poco los brazos.

—¡Obedece, Raniero, o en caso contrario defiéndete!

—¡Defiéndase usted, *sheriff*! ¡Le va a hacer más falta!

Los seis hombres iban a empuñar ya las armas cuando Fred Topeka adelanto unos pasos. Y su alta figura se puso entonces de manifiesto en la penumbra de la calle.

—Yo fui testigo del asesinato, *sheriff*. En realidad, yo debería estar muerto también a estas horas. Si no le molesta que alguien le ayude, en esta fiesta vamos a ser dos.

El *sheriff* le miró sólo de reojo. Y sonrió.

—Gracias, amigo.

Mike Raniero, lanzando un aullido de rabia, fue el primero en «sacar». Sus hombres le imitaron, con gestos relampagueantes. Fred y el *sheriff* se lanzaron uno por cada lado, buscando protegerse,

mientras sus revólveres salían a la luz. Una verdadera traca de disparos ensordeció la calle, justo cuando Eleonora y el abuelo llegaban a ella. Dos de los pistoleros de Mike cayeron atravesados, mientras el *sheriff* recibía plomo en una pierna. Fred Topeka, rodilla en tierra, disparó otras dos veces, con rapidez alucinante, y dos pistoleros de Mike cayeron también. El jefe quedó solo.

Como una fiera acorralada se lanzó hacia la puerta, tratando de entrar en la casa. Fred disparó contra esa puerta, impidiéndole tocarla. Mike Raniero se volvió entonces, con una fría desesperación impresa en sus facciones, y descargó su revólver con una rapidez frenética. Fred recibió plomo en el hombro izquierdo, y en el momento de caer hizo fuego una sola vez, Fue suficiente, porque la bala atravesó la cabeza a Raniero.

Un silencio espantoso se hizo entonces sobre la calle. Fred Topeka se incorporó débilmente y tambaleándose, fue hasta el *sheriff* para ayudarle a levantarse. El abuelo Van Docker llegó corriendo y ayudó a sostenerse a los dos, porque de lo contrario hubieran rodado por el suelo.

Como por encanto, empezaron a salir hombres de las casas cercanas. Entre lodos sostuvieron a los heridos y los introdujeron en el *saloon*, depositándolos sobre dos mesas. El *sheriff* balbució:

—Me ha salvado usted la vida, amigo. Le nombro representante de mi autoridad en Lamed. Sé que cumplirá las leyes y las hará respetar.

Con la mano que podía mover, Fred se rascó pensativamente la nuca.

—Bien, en tal caso habrá gente que necesite el dinero más que yo… Renuncio a la herencia que Burnett dejó para el que pacificase esto. Que haga buen provecho a los pobres.

—En ese momento, y cubierta con una capa que había encontrado en la casa, salió pomposamente la madre de Eleonora. Con aires de gran tragedia, se abrazó a la muchacha.

—¡Hija mía, vámonos de aquí! ¡Vámonos de aquí!

—¡De aquí no se marcha nadie! —gritó el abuelo, saliendo en aquel momento del *saloon*—. ¡Por fin habéis aprendido que en la vida no todo es ceremonia, pompa y reverencias estúpidas! ¡Volveremos algún día a Nueva York, quién lo duda, pero de momento nos quedamos todos aquí!

La madre de Eleonora contempló a la muchacha.

—¿Qué dices tú, hija mía? ¿Vamos a quedarnos en un lugar tan perdido y salvaje como éste?

—Nos quedamos —dijo Eleonora, apretando los labios—. O por lo menos me quedo yo.

Se dirigió con paso firme hacia el *saloon*. En ese momento una mujer que estaba junto a la puerta, sumariamente vestida, y que no era sino la bailarina a quien perdonara Fred, murmuro a su paso:

—Haces bien en quedarte junto a él. No encontrarás hombre mejor en tu vida.

Eleonora la miró a los ojos, le estrechó en silencio la mano y luego penetró en el *saloon*. Fred y el *sheriff*, tumbados en dos mesas, estaban jugando una partida a los dados mientras les curaban las heridas.

—¡Esto se terminó! —gritó Eleonora—. ¡De ahora en adelante dejarás de jugar y beber o te cortaré las orejas!

—¿Es que… es que vas a vigilarme siempre? —susurró Fred, asustado.

—Siempre, cariño.

Fred Topeka cayó hacia atrás y quedó tieso, en la mesa. El *sheriff* se inclinó sobre él.

—¡Estás listo, amigo! ¡Pero qué diablos! ¿Por una mujer así también lo dejaría yo todo?

Y Eleonora se inclinó sobre Fred, y la dama y el pistolero se dieron un beso en los labios. En aquel momento, en el exterior se oyó una voz desgarrada que gritaba:

—¡Auxilio, caballeros! ¡Auxiliooooo!

Y un tílburi conducido por *madame* Pipper, y en el que también iba Figer bien sujeto por un brazo de la robusta dama, pasó como una exhalación por enfrente del *saloon*, camino de la casa donde residía el juez de paz.

Heliotropo Mamerto Figer siguió chillando, pero nadie le hizo caso.

Y una hora después, se habían celebrado en Lamed dos bodas: la de la honorable *madame* Pipper con el medio muerto Heliotropo Mamerto Figer y la del pistolero y la dama.

El abuelo quiso ser padrino en las dos. Aseguró que ésta era su venganza.

FIN